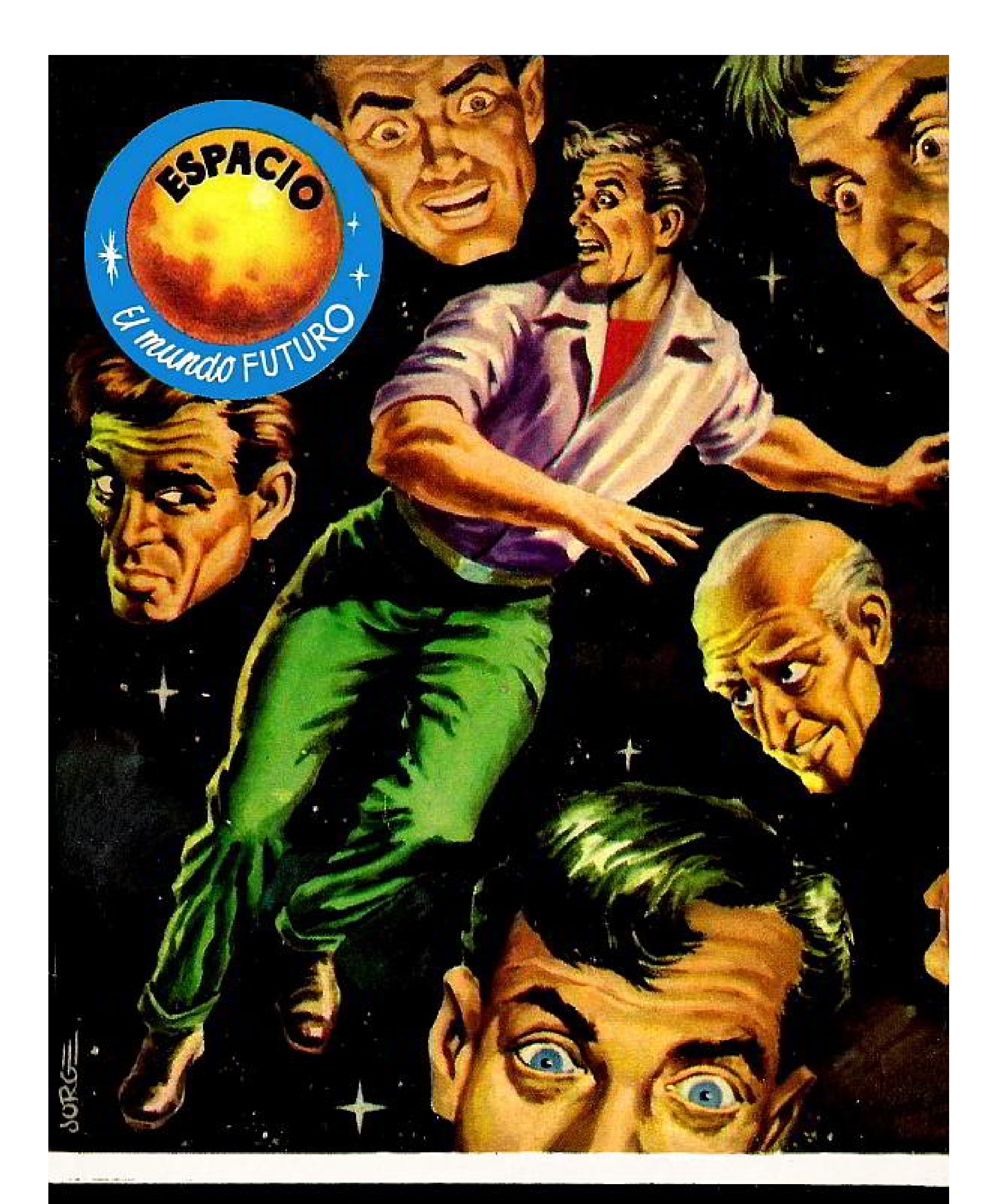


AGENTE DE LAS ESTRELLAS

LAW SPACE

Acababa de terminar la última tanda del vagón-restaurante y Alain regresaba a su compartimiento por el alfombrado pasillo, teniendo qué sujetarse, a veces, cuando una curva llegaba, al borde de una ventana. Muchos departamentos estaban ya sumidos en la oscuridad que sus ocupantes habían establecido para poder conciliar el sueño; en otros, por el contrario, la conversación banal o el juego de cartas, demostraban que siempre hay y habrá gente parar los que un viaje es ocasión de hacer nuevas amistades o de perder algunos centenares de francos.

Con gesto de fastidio, el joven pensó que en su departamento ocurriría algo semejante, ya que sus ocupantes, gente joven, excepto el viejo señor, que también poseía un carácter jovial, estaban dispuestos a pasar la noche en amable charla, sin dejar que él, que estaba hastiado, pudiera escapar de su aburrimiento en la oscuridad del compartimiento.



Law Space

Agente de las estrellas

Bolsilibros: Espacio - El Mundo Futuro - 205

ePub r1.0
LDS 08.12.18

Título original: *Agente de las estrellas*
Law Space, 1960
Cubierta: Jorge
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2




AGENTE de las ESTRELLAS
BORREL

CAPÍTULO PRIMERO


eslizándose sobre los rieles, el exprés París-Lión-Marsella hendía la noche a gran velocidad, bajo un cielo tachonado de estrellas, como una línea luminosa que se dibujase sobre el suelo, truncándose en quebrada al capricho de las curvas.

Acababa de terminar la última tanda del vagón-restaurante y Alain regresaba a su compartimiento por el alfombrado pasillo, teniendo qué sujetarse, a veces, cuando una curva llegaba, al borde de una ventana. Muchos departamentos estaban ya sumidos en la oscuridad que sus ocupantes habían establecido para poder conciliar el sueño; en otros, por el contrario, la conversación banal o el juego de cartas, demostraban que siempre hay y habrá gente parar los que un viaje es ocasión de hacer nuevas amistades o de perder algunos centenares de francos.

Con gesto de fastidio, el joven pensó que en su departamento ocurriría algo semejante, ya que sus ocupantes, gente joven, excepto

el viejo señor, que también poseía un carácter jovial, estaban dispuestos a pasar la noche en amable charla, sin dejar que él, que estaba hastiado, pudiera escapar de su aburrimiento en la oscuridad del compartimiento.

Había prolongado lo más posible su estancia en el vagón-restaurante, contento de estar solo y con cierto reparo en volver a su departamento; pero, ahora, cuando los empleados habían empezado a recogerlo todo, comprendió que aquello era una elegante manera de decirle que se fuese. Pagó y se dirigió hacia la parte delantera del convoy.

De todo su vagón sólo había luz en el departamento en el que tenía su sitio. Alain maldijo su mala suerte; pero se encogió de hombros, ya que nada podía hacer y apareció bajo el dintel.

—¡Es nuestro buen amigo! —exclamó el hombre de edad, con una sonrisa de malicia—. Precisamente estábamos contando algo que le habría divertido con toda seguridad.

Alain esbozó una sonrisa, más por educación que por otra cosa, y pasó entre las piernas de los otros hasta su asiento, en el sentido de la marcha y junto a la ventanilla, donde se dejó caer como si acabase de recorrer un largo camino.

Luego miró a la joven inglesa que tenía frente a él.

Era linda, mucho, con sus cabellos rubios cortos y rizados, sus ojos azules y su piel blanca.

La joven estaba leyendo un libro inglés, cuyo título hizo comprender a Alain que aquella joven debía poseer una cultura bastante amplia. El viajero anciano, en aquel momento, empezó a contar una nueva historia jocosa de Marius y Olive[1], con un acento marsellés forzado que no hizo ninguna gracia a Alain Curtan que, además, odiaba los chistes.

Las carcajadas de los demás le demostraron que no todos los gustos eran iguales y que aquella gente debía de tener la vida resuelta, un trabajo que les agradase y muy pocas preocupaciones.

Pero ¿por qué las tenía él?

Aquélla era la pregunta que, desde hacía un par de semanas, se formulaba sin cesar, intentando vanamente obtener una respuesta, cosa que no logró jamás. Hasta entonces, lo recordaba perfectamente, había sido un muchacho jovial, contento de su trabajo. Era viajante de perfumería y le gustaba aquello: los viajes,

las ciudades y las lindas empleadas de los almacenes de los clientes que debía visitar.

No se consideraba un hombre guapo, pero se sabía bien parecido. Vestía bien, con una seriedad que le imponían las reglas de la casa para la que trabajaba. Pero aquellos trajes, de tonos neutros, le sentaban bien, prestándole un poco más de la edad que realmente tenía.

Tampoco podía quejarse de sus ganancias, que no, cesaban de aumentar cada día, ante la satisfacción de sus jefes, que no paraban de augurarle un futuro brillante. Y él, convencido de que así sería, se había visto, con la imaginación, más de una vez, en uno de los imponentes despachos de la rue Rivoli, donde se encontraban las oficinas de la firma en la que colaboraba.

Todo había ido bien hasta que, de repente y sin saber por qué, había empezado a preocuparse, cada vez más, sin saber qué podía haber ocasionado aquel brusco cambio de humor, que le había convertido en un ser taciturno y hasta desagradable.

Sabía que en su profesión tal cosa podría serle fatal, ya que la simpatía, la jovialidad, el buen humor y un poquitín de alegre verborrea son los elementos básicos; que todos esperan ese dicho oportuno que hace sonreír, olvidando las preocupaciones de cada día.

Y lo más formidable era que, después de un par de días, en que se preocupó de las consecuencias que sobre su trabajo podía tener su cambio inaudito de carácter, aquello dejó de preocuparle, sintiendo algo especial, como si estuviese destinado a algo distinto, como si su vida, de un momento a otro, fuese a dar un giro de ciento ochenta grados, llevándole hacia una nueva existencia que ni siquiera podía prever.

Todas sus costumbres, sus viejos hábitos, luchaban, no obstante, contra la novedad que no convenía a su espíritu adocenado y servicial. Como todos los hombres mediocres, Alain no deseaba cambio alguno, ya que estaba contento con lo que hasta entonces había adquirido, y aceptaba como buena la lenta progresión hacia situaciones cada vez más estables y sólidas para él.

Enemigo de cambios bruscos, deseaba que las cosas siguiesen como hasta entonces, yendo por un camino trillado en el que se movía con seguridad, ya que lo conocía hasta en sus más íntimos

detalles.

Acababa el viejo de contar otro chiste, coronado como los anteriores por las risotadas de los demás, cuando se inclinó hacia adelante, mirando al joven con cierta preocupación.

—No le molestarán mis cuentos, ¿verdad, señor? Quizá sea usted marsellés y…

—No —repuso Alain—. Soy parisino.

—¡Como yo! —bramó el viejo, expresando una sana alegría—. No hay nada como París, ¿verdad, amigo mío? ¡París! Quién lo conoce como nosotros, quien se ha paseado por los muelles, al amanecer, quien ha visto ponerse el sol desde el «Sacré Coeur»… ¿Puede haber algo más maravilloso y agradable en el mundo?

—Olvida usted el París de noche… —intervino uno de los viajeros.

—¡Bah! —repuso el viejo—. ¡Eso no es París! En cualquier ciudad del mundo hallará usted el mismo ambiente corrompido, señor mío. ¿No es verdad, joven? El París nocturno, de las diversiones y los espectáculos es la ciudad de los forasteros, de los que llegan allí atraídos por un falso resplandor, por algo ficticio, falso, desagradable. Yo me refiero al París eterno, a la ciudad que los que hemos nacido y vivido allí conocemos. A todos esos maravillosos detalles que palpitan en la vida de cada día. Vaya al amanecer, señor mío, y tómese un jus[2] en cualquiera de los bares de los alrededores de las halles…[3]. ¡Entonces verá bullir a ese París popular, ese París que no puede morir jamás! Allí encontrará ejemplares de todos los rincones del mundo, gente venida desde los cuatro puntos cardinales… ¿No es verdad, joven amigo?

—Sí —repuso Alain, deseando que aquel charlatán cesase de hablar.

Pero era perder el tiempo.

Enardecido por los recuerdos de su ciudad, el hombre se lanzó a una disquisición interminable, convirtiéndose en un cantor más de las bellezas populares de la Ville Lumière.

Hasta la joven inglesa, con una divertida sonrisa, dejó de leer, mirando al conferenciante improvisado.

Alain creyó que había llegado el momento de buscar, sin que los otros se diesen cuenta, un paréntesis que le aislase, en cierto modo, de la palabrería vacía del viejo.

E inclinándose hacia la viajera le preguntó:

—¿Conoce usted París, señorita?

Ella se volvió a él, sin dejar de sonreír, mirándole con sus grandes y hermosos ojos azules.

—Muy poco —repuso en un francés académico, cargado de inflexiones sajonas—. Acabo de llegar de Londres.

—Entonces, ¿no ha pasado en París más que unos días?

—Unas horas. Justo el tiempo de ir desde Orly a la estación de Lión.

—¡Qué lástima! Porque, aunque la ciudad no es ni mucho menos lo que ese señor quiere hacernos creer, posee, no obstante, cosas curiosas, bellezas notables y un ambiente único.

—¿Conoce Londres?

—No. Y lo lamento. Aunque entra en mis proyectos el visitarlo.

—No es como París, aunque no estoy autorizada a hacer una comparación, ya que he estado muy poco en la capital de Francia. Pero también Londres posee un interés intenso.

—No lo dudo.

El viejo que, sin dejar de hablar, había prestado oído a los propósitos de los dos jóvenes, intervino entonces, dominando con su voz profunda todo lo que los demás dijesen.

—¡Tiene usted muchísima razón, señorita! Yo he estado en Londres varias veces y lo conozco muy bien… ¡Trafalgar Square! ¡El Strand! ¡Charing *Cross*! ¡Buckingham Palace! ¡The Tower! Todo ello magnífico… ¡Sí, Londres es también muy hermoso! Aunque…

Había dado un tono misterioso a la última palabra, logrando, como deseaba, despertar el interés de los que bebían sus palabras.

—¿Alguna aventurilla? —inquirió maliciosamente uno de ellos, guiñando el ojo hacia la joven inglesa que, por fortuna, no oyó sus palabras.

—No —repuso el viejo—. Fue algo tremendo.

E hizo una nueva pausa, acrecentando el interés de los otros.

Después, con la expresión ensombrecida y una voz impresionante, dijo:

—De esto hace unos tres años. Yo iba al sur de Inglaterra por unos asuntos y tomé el tren, lo recordaré siempre, una mañana llena de niebla y humedad. No sé por qué, pero aquella mañana yo estaba triste, descompuesto, como si intuyese lo que ocurriría

después. Y no me equivocaba. Hacía un par de horas que habíamos abandonado Londres cuando la catástrofe se produjo…

—¿Un choque de trenes?

—No, un descarrilamiento. Fue horrible. La bruma no dejaba al sol iluminar los alrededores y estábamos sumidos en una oscuridad casi completa. Ayes de heridos, gritos por todas partes…

—Los trenes franceses son mucho más seguros —opinó otro de los viajeros.

—Sí —intervino un tercero—. Hay accidentes de vez en cuando, pero son cada vez más raros…

Fastidiado, Alain censuró:

—¿No creen, señores, que ése es un tema de conversación por demás inoportuno?

El viejo le miró, sonriente.

—No debe temer nada, joven. Nuestros trenes… ¡En fin! Cuando viaje lo que yo, se irá acostumbrando.

—No sé lo que usted puede viajar, señor —la voz de Alain estaba llena de irritación—. Pero yo hago cien mil kilómetros al año y nunca se me ocurre hablar de descarrilamientos con mis compañeros de viaje.

—¡Es verdad! —dijo otro—. Es como hablar de la soga en la casa del ahorcado.

Alain se volvió hacia él, mirándole fijamente.

—No veo la gracia. Además, podían seleccionar sus conversaciones, ya que va con nosotros una señorita.

—¡Oiga, oiga! —Se encaró el viejo—. ¿No irá usted a decir que mis cuentos de antes no eran aptos para esa damita?

Alain se encogió de hombros, volviendo el rostro hacia la muchacha, que sonreía con embarazo, sin saber qué partido tomar.

—¡Siempre es igual! —bramó el viejo—. En los viajes, cuando hay un grupo de personas como nosotros, que nos entendemos perfectamente y que hacemos lo posible por pasarlo bien, sin la más remota idea de incomodar a nadie, ha de surgir uno de esos tipos que toman el rábano por las hojas y le acusan a uno de incorrecto, maleducado y otras cosas más…

Curtau optó por no contestar y sin dejar de mirar a la inglesa dijo:

—Usted sabrá perdonarnos, señorita… Nosotros, los franceses,

como buenos latinos, lo exageramos todo un poco…

—Lo comprendo.

—Respecto a los accidentes de ferrocarril en Francia…

No pudo terminar.

Con un rugido formidable el tren se precipitó, después de saltar fuera de la vía, por un terraplén de aguda pendiente. Dando vueltas, destrozando los enganches y desgarrando los fuelles, el convoy se lanzó hacia el fondo del abismo, en medio de un estrépito escalofriante.

La máquina estalló antes de llegar abajo.

* * *

Una sensación indefinible se abrió lentamente paso hacia su conciencia que, hasta aquel momento, había permanecido hundida en la negrura de la nada. Mucho antes de que cualquier idea llegase a su mente, supo que estaba vivo y la idea le alegró sobremanera.

La oscuridad le envolvía por completo y sabía que se encontraba en una posición incómoda. Después, más tarde, se percató de que un cuerpo inerte pesaba sobre él y se propuso liberarse, lográndolo, no sin grandes esfuerzos.

Una vez, mientras terminaba de salir de debajo del cuerpo que había caído sobre él, oyó un lamento. Pero fue lejos. Aquí, en su departamento, el silencio era ciertamente impresionante.

¿Y la inglesa?

Podía haber muerto, como también era posible que estuviese solo malherida o simplemente, sin conocimiento. De todos los que habían sido sus compañeros de viaje, sólo la suerte de la muchacha le interesaba, ya que los otros le fueron, desde un principio, tremendamente antipáticos.

Sobre todo el viejo.

Intentó avanzar hacia lo que creía ser la puerta, pero tropezó con las redes de equipaje y aquel detalle le hizo comprender que el vagón había terminado por caer en una posición anormal, en la que iba a ser muy difícil orientarse.

Otros cuerpos, como pudo comprobar después, estaban amontonados e inmóviles, formando una barrera casi infranqueable.

Se había dado cuenta de que, salvo un dolor ligero en el hombro

derecho, el resto de su cuerpo parecía no haber recibido daño alguno. Podía considerarse dichoso de que las cosas hubieran pasado así, ya que la catástrofe debió ser espantosa.

¡Y aquel viejo estúpido parecía haberla atraído con su conversación tan fuera de lugar!

Después de intentar varias veces abrirse camino hacia cualquier cosa que fuese una salida, tuvo que rendirse a la evidencia y se quedó, sentado, alejado de los cuerpos, sabiendo que no tenía otro remedio que el de esperar.

El tiempo pasó con una lentitud extraordinaria.

Continuaba reinando una oscuridad completa; pero, más tarde, oyó voces que provenían del exterior y luego el ruido característico del cortador de oxígeno con el que estaban abriendo los vagones para sacar a las víctimas del siniestro de su interior.

No tenía más que esperar.

Cuando le llegó el turno, vio a un hombre, con una lámina de mica azul sobre el rostro y las manos enguantadas, que lo cogió, izándolo hasta otras manos que, por el agujero que el aparato había hecho, le sacaron al exterior, ayudándole a ir hacia un lugar, muy mal iluminado, donde un grupo de supervivientes estaban siendo atendidos por señoritas de la Cruz Roja, que distribuían humeantes tabones de café.

Todo el resto de la luz, grandes y potentes focos, estaban concentrados sobre el convoy, iluminando, como en pleno día, el trágico aspecto de aquellos informes montones de chapa y hierros retorcidos de los que brotaba un vapor humeante, procedente de los conductos de la calefacción que el accidente había hecho reventar.

Mucho antes de amanecer, los cadáveres habían sido sacados y alineados no lejos del tren. Camiones, ómnibus y ambulancias llegaron al lugar, siendo sacados los heridos graves que habían sido concentrados en otro lugar.

Un oficial de gendarmes se acercó a los que habían salido sin nada grave, y con una amable sonrisa les comunicó:

—Vamos, señoras y señores. Los autobuses que les llevarán a Lión han llegado; pero, antes, aquellos que se sientan con fuerza deberían, se lo ruego, echar una ojeada a los cadáveres para ver si reconocen a algún familiar, amigo o compañero de viaje. Nos ayudarán mucho a la identificación. Pero sólo los que se consideren

con fuerzas suficientes para hacerlo. Nadie está obligado…

La mayoría se dirigieron hacia los camiones y sólo una docena, entre los que se hallaba él, siguieron al oficial, empezando a desfilar delante de los cuerpos inmóviles. Los que habían sufrido mutilaciones que hacían desagradable su vista fueron cubiertos piadosamente por mantas.

Alain vio, casi enseguida, el cuerpo del viejo contador de chistes. Pero cuando iba a decirlo al gendarme, la sangre se le heló en las venas.

Porque, junto al cuerpo del alegre viajero, también en un estado presentable…

¡Estaba el suyo! ¡Su cadáver!

CAPÍTULO II



udo de terror, sin despegar los labios, se dejó llevar por el grupo, oyendo a algunos que reconocían los cadáveres, y viendo, como a través de una densa bruma, cómo el oficial gendarme tomaba notas en un cuaderno con negras pastas de hule.

Tampoco reaccionó cuando subió al autobús. Luego, el vehículo se puso en marcha y Alain cerró los ojos, seguro de que estaba soñando y de que iba a despertar, de un momento a otro, oyendo las carcajadas de los viajeros ante un nuevo chiste del viejo.

—¿Se siente mal, señorita? —oyó decir a alguien, a su lado.

—¿Está usted mal, señorita? —volvió a preguntar el otro.

¿Señorita?

Miró a su interlocutor como si éste desease tomarle el pelo, pero la expresión del viajero que estaba a su lado no podía ser más sincera.

—Sí, me encuentro bien; gracias —repuso, deseoso de poder

pensar tranquilamente.

Más la voz que acababa de salir de su boca… ¡no era la suya! Había algo en ella que recordaba vagamente.

Un miedo espantoso se apoderó de él y volvió a cerrar los ojos, como si desease que todo aquello no fuese más que un sueño estúpido, sin pies ni cabeza.

La emoción producida por el descubrimiento de «su cadáver» lo había anonadado, quitándole toda iniciativa y sumiéndole en un estado de completo atontamiento; pero ahora, a medida que su mente iba aclarándose, la necesidad de saber la verdad se hacía más urgente.

Por eso, entreabriendo los ojos, se miró los brazos y las manos.

No cabía la menor duda.

Nada de «aquello» era suyo. Las manos, blancas, con dedos delgados y largos, uno de ellos ornado con una sortija corriente, tenían todos las uñas pintadas con laca rosa, un tono suave. Las mangas del abrigo eran femeninas y cuando alargó los pies nacía el otro asiento, echando una ojeada, vio que llevaba zapatos de deporte, con medio tacón y medias claras, la derecha desgarrada por completo y dejando ver una pierna de mujer.

Volvió a cerrar los ojos.

Era algo tan imposible de concebir que temió haberse vuelto loco. Consciente del peligro de volverse, hizo un esfuerzo, diciéndose que era muy posible que, cuando estuviese solo, en Lión, podría examinar los hechos de otro modo y llegar a alguna conclusión, que por el momento no le aparecía por parte alguna.

¿Qué podría haber pasado?

Estaba aún preocupado por todo aquello cuando el vehículo se detuvo y todos descendieron ante un hotel de la ciudad, donde la Compañía de Ferrocarriles les habían buscado alojamiento hasta que pudieran reanudar el viaje.

Una vez en su habitación, comprobó, sin ninguna clase de duda, al mirarse al espejo, que ocupaba el cuerpo de la joven inglesa que iba sentada, en el departamento del tren, frente a él.

Aquella sensación de «saberse en otro cuerpo» llegó a desesperarle y hasta estuvo a punto de salir de la habitación para ir en busca de un médico; pero el sentido común le dijo que si lo hacía tenía más de una probabilidad de pasar la noche, lo que quedaba de

ella y mucho tiempo más, en el Frenocomio de la ciudad.

Se calmó.

Cansado como estaba, después de todas las emociones pasadas, terminó por acostarse, durmiéndose cuando el alba desgarraba ya las tinieblas de aquella espantosa noche, dejando entrar, a través de las cortinas de gasa de la habitación, una claridad malva.

* * *

Nervioso, el profesor Harold Hurman desplegó el periódico de la mañana, sentado ante el ventanal desde donde se veía el mar.

Había llegado a Cannes dos semanas antes, con una voluminosa cartera repleta de cálculos, con el deseo de terminar sus trabajos antes de dirigirse a los Estados Unidos para, siguiendo órdenes del Gobierno británico, ponerse en relación con el profesor William Tersann, su colega americano y el verdadero propulsor de los viajes espaciales.

Harold era un hombre alto, de pura estampa británica, sobriamente vestido y de rostro serio. Sus sesenta y dos años parecían menos a pesar de que sus cabellos eran ya completamente blancos y que una presbicia intensa le obligaba a llevar gafas en cuanto se trataba de leer cualquier cosa. Alto, de una esbeltez masculina que, a su edad, no suele encontrarse más que en los habitantes de las islas, caminaba erguido, con paso ágil y su salud era tan perfecta como la de un joven de treinta años.

Especialista en Balística, había terminado por dirigirse hacia el campo de la naciente Astronáutica, entrando muy pronto en contacto con Tersann, que era en realidad, el padre de aquella ciencia cuyo desarrollo nadie podía prever.

Aquella mañana, Harold Hurman se había levantado, como siempre, de excelente humor; mejor dicho, de excelentísimo humor, ya que esperaba la llegada de su secretaria y, con ella, la posibilidad de ponerse a trabajar inmediatamente.

Pero he aquí que la prensa de la mañana traía, en primera página y con gruesos caracteres, la horrible catástrofe del expreso París-Lión-Marsella, con la amenaza escondida, ya que no había, por el momento, relación alguna de víctimas, de que la señorita Frunell fuese una de ellas.

La información cojeaba mucho en detalles, ya que no era más que una primera ojeada al accidente y el profesor la recorrió en un instante; después, decidiéndose, fue al teléfono y pidió comunicación con la Prefectura de Lión, de donde le contestaron al cabo de unos minutos.

—Desearía saber si mi secretaria, la señorita Clara Frunell, que viajaba en el tren siniestrado, ha sufrido algún daño. Soy el profesor Hurman.

—Un momento.

Y tras una corta pausa comunicó:

—La señorita Frunell, profesor, afortunadamente es una de las supervivientes…

—¿Pero? ¿está herida?

—No. Forma parte de los que no han sufrido más que lesiones sin ninguna importancia. Están, todos ellos, alojados en el Hotel Royal. ¿Quiere que le ponga con el hotel?

—No. Llamaré más tarde si ella no lo hace antes. Muchas gracias.

—A su disposición, profesor.

Hurman colgó el aparato y volvió al saloncito de la parte anterior de la casa. Desde allí, el Mediterráneo ofrecía un aspecto magnífico.

Pero para él, que sin embargo agradecía el retiro que la Comisión le había buscado para ultimar sus trabajos, antes de ir a América, lo más importante era terminar sus cálculos para proporcionar a su colega americano el «trazado» balístico de la nave espacial, tripulada por hombres que, por primera vez, iban a surcar el cosmos.

Pasó toda la mañana leyendo, sin poder olvidar a su secretaria y bendiciendo la suerte que la había hecho escapar de la horrible catástrofe del tren. Hacia mediodía, como había pensado, volvió a llamar a Lión, pidiendo esta vez el Hotel Royal, cuyo gerente le atendió enseguida.

—La señorita Frunell —le dijo, contestando a su pregunta— ha salido, hace una hora, para Cannes.

—Muchas gracias.

Colgó, sonriendo.

Estaba seguro de que aquella muchacha, con la que había

trabajado ya en Inglaterra, se apresuraría, en cuanto le fuese posible, a reunirse con él, ya que no ignoraba la importancia de los trabajos que tenían que hacer juntos y la prisa que corría el terminarlos.

* * *

Acomodada en el coche que había alquilado, «él» estaba analizando ahora, desde su verdadera personalidad dominante de Alain Curtau, lo que pasaba en su mente.

Cuando se despertó, en el hotel, se dio cuenta de que en su cerebro había algo más que sus propios recuerdos. Y no tardó en percatarse que se estaba apoderando de la mente de la muchacha en cuyo cuerpo se encontraba, con todos sus recuerdos, sus conocimientos e incluso su inteligencia.

No le sorprendió pues, poco después, poder pensar en inglés con la misma facilidad que en francés. Al mismo tiempo, supo, por medio de la memoria de la muchacha, de la que acababa de apoderarse, el motivo de su viaje a Francia, apareciendo en su conciencia la imagen del profesor Hurman con una nitidez extraordinaria, como si lo hubiera conocido desde siempre.

Lo curioso era que, a pesar de tener dos personalidades, la suya proseguía «llevando las riendas», de una forma tan clara que, en realidad, la personalidad de la joven le servía, cuando lo deseaba, como una especia de disfraz que podía utilizar a su conveniencia, cuando lo precisara.

Y, precisamente, en lo hondo de «su» propia personalidad, Alain seguía experimentando aquella angustia que, desde hacía un par de semanas, le atacó repentinamente.

No se paró mucho a analizar cómo podía ser posible lo que le ocurría. Careciendo de una fuerte cultura, era incapaz de ordenar sus propios pensamientos a ese respecto y prefirió, en última instancia, aceptar las cosas como venían. Ya que para él lo importante era estar vivo, aunque le molestase el que su mente hubiese pasado al cuerpo de una mujer.

Alain no era muy inteligente, pero comprendió enseguida que no podía permitirse el lujo de explicar a nadie lo que le ocurría, ni siquiera a un médico, ya que ninguno, de ellos dudaría un momento

en considerarle como loco, o loca; que después de todo era lo mismo.

Por otra parte, tenía una rara intuición de que estaba jugando un papel importante, cuya esencia estaba muy lejos de comprender. «Algo», no obstante, le empujaba a seguir su camino, como si se tratase de una ruta trazada detalladamente desde hacía muchísimo tiempo.

El saber que podía utilizar la mente de la joven con toda facilidad, le daba un coraje que en otra ocasión hubiese sido incapaz de tener.

Por eso, cuando el coche se detuvo ante la magnífica finca que el profesor ocupaba junto al mar, no dudó un solo momento en entregar su maleta, que había sido recuperada por los empleados del tren, al criado que salió a recibirla y que, como su amo, había venido de Inglaterra.

—Bien venida, señorita Frunell.

—Gracias, James.

Sacaba los nombres de las personas que no había conocido jamás de lo hondo del acervo de recuerdos de «ella», junto a imágenes clarísimas que le permitían reconocer inmediatamente a la persona que tenía delante.

Poco después, conducida por el criado, se encontraba en el despacho del profesor que, con expresión radiante, se levantó y fue hacia ella para abrazarla paternalmente.

—¡Santo Dios, Clara! Si hubiese sospechado lo que iba a ocurrirle, jamás la hubiera dejado venir por tren. Ya le dije, recuérdelo, que viniese en el avión conmigo.

—Lo sé, profesor. Pero tenía que hacer unas cosas en Londres. Además, ¿cómo íbamos a prever el accidente?

—¿Pasó mucho miedo?

Ella sonrió.

—Un poco, al despertarme. Porque, en realidad, tuve la suerte de perder el conocimiento en el momento del descarrilamiento. Lo demás… pero es mejor no recordarlo, ¿no le parece?

—¡Naturalmente, pequeña! Aquí podrá pasar unos días deliciosos que le ayudarán a olvidar esos momentos horribles. He alquilado una lancha motora, esta misma mañana, pensando en usted, a la que sé que le gusta muchísimo el mar.

—Ha sido muy amable, profesor.

—¡Quiá! Era lo menos que podía hacer. Como siempre, procuraremos trabajar por las noches, en cuanto se encuentre bien… de forma a que pueda tener el día entero o una gran parte de él para distraerse a su guisa.

—Empezaremos esta misma noche, profesor.

—¿Cómo?

—Estoy bien y yo también deseo empezar el trabajo.

Harold estaba encantado de aquella decisión de la joven, que en realidad esperaba; pero de todos modos insistió inútilmente, para que la muchacha descansase un par de días.

—Sería mucho peor para mí, señor —repuso ella—. Con el trabajo, lograré distraerme y olvidar lo ocurrido.

Y así se hizo.

Aquella misma noche, después de una amable cena en la terraza, se encerraron en el despacho y Hurman, sacando los papeles de las carpetas, empezó a dictar el informe que iba a dar al profesor Tersann los datos para el lanzamiento.

Desde por encima de la mente de la muchacha, la de Alain se sorprendió de poder hacer aquel trabajo.

Y él, que era un mal mecanógrafo, se asombró al ver sus propias manos, porque ahora eran suyas, volar rápidas sobre el teclado especial de aquella máquina que, además de las letras del sistema universal, llevaba tres de signos matemáticos de una complejidad espantosa.

Cuando, cerca del amanecer, el profesor dio por terminado el trabajo, la joven se retiró a sus habitaciones y la mente de Alain volvió a tomar el mando de la doble personalidad.

La idea de que debía hacer algo, muy pronto, estaba cada vez más presente en él, aunque no había llegado a manifestarse de una manera clara.

A la mañana siguiente se levantó cerca de mediodía y, después de hacerse servir un jugo de frutas por el criado, leyó la nota que el profesor le había dejado junto a las llaves de la motora y el emplazamiento del vehículo, diciéndole además que aquella noche no trabajarían, ya que el embajador de Inglaterra, que pasaba unas semanas en Mónaco, le había invitado a cenar.

Con un pantalón corsario y un jersey a rayas, estilo marinero,

Clara se dirigió hacia el embarcadero, descubriendo enseguida la preciosa motora que el profesor le había destinado.

Pero, en aquel momento, la mente de Alain intentó imponerse.

Curtau tenía un miedo cerval al mar. No había querido nunca embarcarse y en la casa para la que trabajaba, despreció un importante puesto en Argelia por no tener que embarcarse.

Ahora, ante la posibilidad de dirigir aquella pequeña nave. Sintió el temor que siempre había sentido hacía el mar y su impresión fue tan grande que logró detener a la joven, que se paró cuando ya había empezado a descender por la escalerilla que llevaba al embarcadero.

Pero entonces ocurrió algo inesperado.

Alain se percató de que la supremacía que ostentaba su mente le era arrancada con brusquedad, pasando a primer término la de la joven, que tomó el mando de una manera completa.

Clara subió al vehículo, con una sonrisa de triunfo, puso la llave de contacto y encendió el motor; soltando después las amarras, hizo que la nave describiese un arco de círculo impecable, por entre las otras embarcaciones, poniendo después rumbo al mar abierto.

Acelerando, empezó a juguetear con aquella motora, alejándose cada vez más de la costa, sintiendo una alegría juvenil al poder considerarse como dueña de la embarcación y llevarla donde desease.

En el fondo de la mente de la muchacha, pero viendo sus ojos y por todos sus sentidos, Alain experimentó un terror indecible y hubiese deseado, a cualquier precio, haber podido atrapar nuevamente el poder del mando de la doble personalidad para obligar a aquella loca a volver a la costa y abandonar la nave.

Era sumamente curioso que pudiese ver y oír por el cuerpo de Clara, sin poder, no obstante, intervenir en nada. Hasta cerrar los ojos, para impedir el mareo creciente que se apoderaba de él, hubiera sido un triunfo nada despreciable. Pero, sirviéndose de los órganos de los sentidos de la inglesa, era incapaz, por primera vez desde que se sabía en aquel cuerpo, de controlar nada, como si estuviese atado en el fondo del cerebro de Clara, prisionero sujeto por cadenas invisibles pero, indestructibles.

Mientras tanto, Clara disfrutaba de lo lindo y no tardó en ver otra motora, más potente que la suya, que empezaba a perseguirla

desde lejos. Divertida por aquella idea, aceleró, haciendo lo imposible por impedir que el otro navío la alcanzase.

Pero sus esfuerzos fueron vanos.

Describiendo un amplio círculo, el conductor de la otra nave logró, a una velocidad impresionante, cortar el paso a la suya, obligándole a disminuir de velocidad y, una vez vencida, a frenar, deteniendo la motora sobre la calma de espejo del mar.

La otra embarcación, de líneas elegantes y atrevidas, se acercó, lenta y majestuosamente, acostándola con suavidad.

Clara vio entonces a un hombre de una treintena de años, con rostro moreno y cabellos negrísimos, que no llevaba más que un traje de baño. Su cuerpo estaba ennegrecido por el sol y el aire de una manera intensa.

Era alto y poseía un rostro agradable, con un bigotillo que apenas dibujaba un trazo de negrura algo más intensa que la de la piel sobre el labio superior. Brillaban sus ojos, igualmente negros y, cuando sonrió, mostró una dentadura impecable.

—Su motora es más potente que la mía —dijo ella, en inglés, arrepintiéndose de haber hablado en aquella lengua, ya que el joven debía de ser francés.

Pero, ante su sorpresa, el otro le contestó en inglés, con un fuerte acento americano:

—Guía usted muy bien, señorita…

—Me llamo Clara Frunell.

—¡Lindo nombre! Yo me llamo Pietro Lorgano.

—¿Italiano?

—No, norteamericano, aunque nací en Nápoles. ¿De vacaciones?

—No. He venido a trabajar con el profesor Hurman.

—No le conozco. Aunque no comprendo cómo alguien puede venir a trabajar a un lugar como éste.

Clara comentó:

—No todos tenemos su suerte.

—Pero, por lo que veo, no todo lo suyo es trabajo… ¿o es que hoy el profesor se ha cansado?

—Está en Mónaco.

—¡Maravilloso!

—¿Por qué? —se extrañó ella.

—Porque podremos cenar juntos esta noche. ¿Qué le parece?

—No es mala idea.

—O. K. Ahora, si le parece, vamos a hacer una nueva carrera. Le daré una milla de ventaja.

—¿Tanto como una milla?

—Puedo dársela. ¿Dónde se encuentra su embarcadero?

—Allá, hacia aquellas casas azules —señaló ella, divertida.

—Bien. Puedo dejar la motora en aquella parte. Iremos a tomar el aperitivo y, si quiere que empecemos pronto a divertimos, podemos comer juntos en cualquier parte.

Ella sonrió.

—¡Decidirá el que gane la carrera!

—De acuerdo. Puedo empezar usted. ¿Ve aquella boya?

—Sí.

—Debe de estar a poco más de una milla de aquí. Lanzaré mi motora cuando usted haya llegado junto a ella.

La muchacha puso en marcha la suya, acelerando rápidamente.

Con el motor en marcha de la suya, Pietro sonrió, seguro de que ganaría. Y cuando llegó el momento, dio el mayor impulso a su poderoso motor, haciendo que la embarcación saltase hacia adelante, por encima del mar, como empujada por una catapulta fantástica.

CAPÍTULO III



n ese momento, cuando el valor «y» haya sido alcanzado, la astronave se encontrará bajo la sola acción del impulso obtenido.

Hurman sonrió; luego dijo:

—¡Ya hemos terminado Sara! Siete noches han sido suficientes para acabar el informe.

—Me alegro, señor.

—Debo darle las gracias, pequeña. Ha trabajado usted muy bien y ha sido un verdadero placer el hacer el informe con usted. En realidad, su dominio de los signos matemáticos lo ha facilitado mucho todo.

—Gracias, señor.

—Y ahora, hablando de otra cosa. ¿Se ha divertido con la canoa?

Ella se sonrojó; luego, tras una pausa, dijo:

—Mucho. Ha sido delicioso.

En realidad, no había hecho más que aquella salida, cuando encontró y conoció al joven italoamericano.

¡Pietro!

Suspirando, se levantó.

Había conseguido, en los últimos días, anular por completo la personalidad de Alain, de la que, en realidad, no tenía más que una vaguísima idea, como si se tratase de una voz de su conciencia que, de vez en cuando, la importunase, molestándola.

Ahora…

Había encendido un cigarrillo y acercándose al ventanal, desde donde se veían las luces de Cannes, esperó que el sabio hablase.

—Pasado mañana nos iremos a América, Clara.

—Sí, señor.

Se lo había anunciado a Lorgano y éste estaba dispuesto a cortar sus vacaciones para seguirla. Habían sido unos días emocionantes, como Clara no los conoció jamás y gozaba ahora de aquella primera aventura amorosa que le había llenado el corazón de inmensa felicidad.

—Voy a ir a acostarme, profesor. Si no me necesita.

—No, Clara; pero hubiese deseado que brindásemos por este trabajo tan afortunadamente concluido.

—Como desee, profesor.

Se adelantó él y sirvió dos vasos de borbón que reflejaron, con tonos dorados, la luz de la lámpara que había junto al despacho.

—¡A nuestro viaje a América! ¡Porque el éxito nos acompañe como hasta ahora!

—Sí, señor.

Se despidió después y fue hacia su habitación, en la planta segunda. Estaba cansada, pero el recuerdo de Pietro era como un calmante a la fatiga.

Una vez acostada, cuando intentaba cerrar los ojos, notó que su personalidad huía, dejando paso a la de Alain que había vuelto a tomar el mando.

Alain, durante el tiempo que permaneció en «la sombra», en las honduras inconscientes de la mente de Clara, había percibido la idea de un deber que se le imponía, sin saber ni aproximadamente desde dónde y por qué. Estaba empezando a acostumbrarse a que «alguien» pensase en él y que fuera dictándole cosas que se

imponían en su voluntad, sabiendo que debía llevarlas a cabo sin interesarse en nada más.

Así, una hora después de que Clara se hubiera acostado, Alain la hizo levantarse y abandonar la habitación, saliendo al rellano de la planta superior de la casa con todo sigilo. El silencio era completo y la joven descendió por la escalera, dirigiéndose hacia el despacho del profesor, cuya puerta estaba abierta. También lo estaba la que daba a la terraza y, acercándose, pudo ver que Hurman paseaba, fumando, junto a la balaustrada, donde había dejado un vaso vacío.

Ella sabía que el profesor había empezado a beber con intensidad a medida que avanzaba el trabajo, cosa que solía hacer siempre en idénticas circunstancias.

Después de asegurarse de que Harold seguía en la terraza, sin intención por el momento de volver al despacho, penetró en él y fue directamente a la mesita donde reposaba la máquina de escribir. Hacía días que había comprado aquel frasquito y ahora lo sacó, desgarrando la envoltura de celofán que lo cubría y donde había una rata repugnante pintada de gris perla. Quitando el tapón con el limpiaúñas, se acercó primero a la ventana, viendo la silueta del profesor que seguía apoyado en la balaustrada.

«No tardará en volver a beber…» —pensó, con la mente de Alain.

Verter unas gotas en la botella no le tomó más que unos segundos. Después se llevó el frasco y retrocedió. Atravesó el «*hall*» y subió las escaleras más que aprisa.

Cuando llegaba al rellano se volvió, ya oculta por la barandilla, viendo que el profesor, sonriente y con los ojos brillantes por el efecto del alcohol, penetraba, en el salón, yendo hacia el despacho.

La joven a su habitación se acostó. Se quedó completamente dormida a los pocos minutos.

* * *

Al día siguiente, mientras la policía francesa, en espera de la llegada de la Interpol, llenaba la casa, Clara vagó de un lado para otro, siendo interrogada media docena de veces por el inspector.

Había hecho desaparecer el frasco que contenía el resto del cianuro y estaba tranquila respecto a su responsabilidad, ya que

sólo le preocupaba su cita con Pietro.

Un poco, antes de la mañana, había telefoneado al joven, rogándole que se encontrase, con su coche, en un lugar no muy lejano a la finca del fallecido profesor.

Durante el día permaneció a disposición de la policía, pero, al llegar la tarde, casi hacia el amanecer, salió por la puerta trasera, después de haberse echado encima un abrigo de entretiempo. Minutos más tarde se detenía ante el soberbio «Cadillac» del italoamericano.

—Buenas noches, Pietro.

—¿Qué ocurre? He oído decir que el profesor había muerto.

—Sí, envenenado. Ha sido horrible.

—¿Y la «poli»? ¿Sospecha de ti?

Le miró con asombro.

—¿De mí? ¿Por qué debería hacerlo?

Sonrió él.

—Ha sido una broma, pequeña. Ya comprendo que no has podido ser tú… ¿Dónde vamos?

—A dar un paseo por las afueras. Quiero hablar contigo.

—O. K.

Puso el poderoso coche en marcha y tomó la carretera que conducía hacia Tulón, por el borde del mar. No iba muy deprisa y el vehículo parecía deslizarse por la superficie pulida del asfalto, sin el menor ruido.

—¿Qué deseabas, querida?

Ciara dijo:

—Hablarte. No quiero estar mucho tiempo en Francia. Quiero ir a los Estados Unidos.

—Eso me parece muy bien. Pero tendrás que esperar a que la policía esté completamente segura de tu inocencia. Son muy pesados, hermosa: lo sé por experiencia.

Le miró, con curiosidad, como si fuese aquélla la primera vez que lo viese.

—Nunca me has hablado de ti, Pietro.

—¿Para qué?

—¿De qué te ocupas? ¿En qué trabajas?

—Negocios —repuso él, con vaguedad.

—Pero ¿qué clase de negocios?

Encendió Lorgano un cigarrillo, sin dejar el volante, que cogió con una sola mano.

—Eres muy curiosa, muñeca…

—¿No puedo serlo?

Sonrió él.

—A veces, pequeña, no se puede ser tan curiosa; pero ahora, en realidad, nada de eso tiene mucha importancia. Soy lo que aquí, en Europa, conocéis por un «gángster». No te asustas, ¿verdad?

—No.

—Eso me gusta.

—Nada me importa lo que seas. Sé que a tu lado, no solamente puedo ser feliz, sino que estaré protegida.

—De eso puedes estar segura, sobre todo de lo último. Tengo el mejor grupo de muchachos que hay en Nueva York, gente dispuesta a dejarse cortar en tiras por mí. En cuanto a la felicidad…

—¿Qué quieres decir?

—Que soy un tipo raro, pequeña. Y que no estoy acostumbrado a preocuparme demasiado por los demás.

—Lo comprendo.

—¿Y qué? ¿No cambia eso tu manera de enjuiciarme?

—En absoluto.

—¡Bravísimo!

Hubo una pausa.

El coche seguía deslizándose, bajo un cielo estrellado, junto al mar, donde los astros de la noche rielaban como si brillasen entre las aguas.

Bruscamente, Alain se apoderó de las riendas de la mente de la muchacha. Y logrando de ella una mueca graciosa y coqueta.

—¿Me dejas conducir un poco, Pietro?

—¿Es un capricho?

—Sí. Siempre soñé con tener un coche como éste… y de llevarlo con mis propias manos.

Frenó él, cambiándose de sitio con la joven.

—Ten cuidado. No es ninguno de esos carritos que tenéis en Europa. A este coche le pasa como a mí: se encabrita enseguida.

—Iré con cuidado.

Lo puso en marcha, demostrando a los pocos momentos que sabía llevarlo con soltura.

—¿Sabes que conduces bien, muñeca? —dijo él, encendiendo un cigarrillo.

Ella no contestó y se limitó a sonreír.

En verdad, Clara estaba muy lejos de allí, aplastada bajo la mente de Alain, que obedecía ahora las instrucciones recibidas días antes, cuando palpitaba en el inconsciente de la muchacha.

Tenía que obrar.

El bolso de Clara, a su lado, llevaba los documentos del profesor de los que la muchacha se había apoderado por la mañana, antes de que llegase la policía, cuando James y el resto del servicio estaban en la terraza, donde había sido encontrado el cuerpo de Hurman.

—Toma mi bolso, Pietro.

—¿Para qué?

—Tómalo.

Él obedeció, encogiéndose de hombros. Y en aquel momento, cuando acababan de subir una cuesta, la muchacha lanzó el vehículo a gran velocidad, apretando el acelerador a fondo.

—¿Qué haces, loca?

—¡Tírate, querido, tírate!

El italiano estaba al lado del mar; pero dudó unos instantes, antes de decidirse al ver que el vehículo no podría jamás tener la suficiente estabilidad como para tomar la próxima curva, que se les echaba encima.

—¡Llévate el bolso!

Lo cogió, sin saber por qué obedecía, al tiempo que sentía una especie de alfilerazo en la nuca; luego, abriendo la portezuela, se dejó caer, saltando, hacia el mar que, quince metros más abajo, se abrió para recibirle.

Segundos más tarde, el «Cadillac», incapaz de ceñirse a la curva, se despeñó, dando vueltas y más vueltas, hasta terminar en el fondo de la playa, con una especie de muñeca destrozada en su interior:

Clara Frunell.

* * *

El comisario de policía Sabrier, examinó los trabajos que las grúas estaban realizando para sacar el coche del fondo del mar, El cadáver de Clara había sido retirado antes y yacía, en la playa,

cubierto por una sábana.

Sobre la comisa de la carretera, cuyo pretil había destrozado el coche antes de desplomarse al vacío, los gendarmes hacían guardia, impidiendo que los vehículos que pasaban se detuviesen.

Sabrier se volvió hacia su ayudante:

—No hay duda alguna, de que ha sido ella la culpable. La lima de uñas lleva huellas de corcho y los técnicos del laboratorio han encontrado un poco de cianuro.

—¿Por qué lo haría? Todo el mundo afirma que las relaciones entre los dos, el profesor y la chica, eran de lo más cordiales del mundo.

Sabrier dijo:

—No creo que tengamos mucho este asunto entre las manos, Claude; no, no nos durará mucho.

Claude preguntó:

—¿Por qué?

—Porque serán los Servicios de Contraespionaje que entrarán en el baile. Esa muchacha debía obrar para una potencia extranjera.

—Puede que tenga usted razón.

Sabrier dijo:

—La tengo por entero. Si no, ¿por qué han desaparecido los papeles y las notas del profesor? El sabio estaba preparando no sé qué cálculos que debía recibir un colega sayo americano.

Claude exclamó:

—¡Pero la muchacha se ha matado!

—No sería ésa su intención. En realidad, hicimos los idiotas perdiéndola de vista.

Claude preguntó:

—¿Quién podía desconfiar de ella, jefe? Parecía una mosquita muerta.

—Ya ves que no hay que fiarse.

Uno de los técnicos se acercó a ellos.

—¿Qué hay? —R inquirió Sabrier.

—Se ha demostrado que fue un accidente, señor.

—Bien. Si es así, hay que encontrar los documentos, cueste lo que cueste. Ella, por lo visto, intentaba huir y se despeñó. ¿No han visto ningún bolso en el fondo del mar?

—Hasta ahora no, señor.

—Pues hay que insistir. Ella, por lo que sabemos, no pudo tener tiempo de entregar a nadie los documentos, ya que si se hubiese citado con alguna persona en el coche, su cadáver estaría ahora al lado del de ella.

—Es lógico.

Sabrier sonrió, satisfecho que su gente apreciase su perspicacia.

Pero el técnico:

—Lamento, señor, pero he de decirle que la portezuela izquierda del coche estaba abierta.

—¿Y eso qué quiere decir? —rezongó el inspector.

—Que alguien, pudo lanzarse en el momento del accidente o inmediatamente antes.

—¿Y cree que se habría salvado, amigo mío? ¿No ha visto que toda esta zona está llena de rocas, siendo una verdadera excepción en el trazado arenoso de la costa? Si alguien hubiese saltado, cómo usted dice, se habría roto la crisma…

—¿Y la puerta abierta?

—Pudo abrirse en el momento de golpear el coche y al caer al agua. Después de todo, ningún coche, que yo sepa, lleva cerraduras especiales en las portezuelas. Además, si llevan seguro, nadie suele echarle más que al abandonar el vehículo, para que no lo roben.

El especialista se sonrojó.

—Es verdad, Señor. Cualquier cosa puede haber hecho que se abriese la puerta.

Sabrier volvió a sonreír.

¿Qué iban a enseñarle aquellos novatos a él, con sus cuarenta años en la policía?

CAPÍTULO IV



lain debió sorprenderse, pero estaba empezando a acostumbrarse a aquellos cambios de cuerpo y cuando se encontró en el interior del de Pietro, sintiendo la mente del otro bajo el inmediato mandato de la suya, hasta encontró la situación divertida.

Una vez salido del agua, momento por más desagradable para él, se sintió mucho mejor. Cuando el italoamericano se dirigió al hotel que ocupaba, pidió la cuenta e hizo el equipaje a toda prisa, comprendió que Lorgano no deseaba permanecer más tiempo en la Costa Azul, temeroso de que la policía terminase por encontrarle, al examinar las amistades de la joven que acababa de despeñarse o al descubrir que el «Cadillac» le pertenecía.

Tenía unas horas a, su favor y no dudó un instante en aprovecharlas, poniendo por medio, entre la policía francesa y el, la mayor distancia posible de kilómetros en el tiempo mínimo.

En el aeródromo de Marsella, tomaba unas horas más tarde un

aparato de la TWA, rumbo a Nueva York.

Una vez en el aparato y mientras Lorgano se sumía en un sueño ligero, Alain, movido por la curiosidad, hundió su introspección en la mente del otro, ahondándola profundamente.

Supo así que Pietro, como muchos italianos que se había convertido en ciudadanos americanos, había escogido el camino de lo poco confesable, metiendo la mano en cuantos negocios podían proporcionarle un buen montón de dólares, no parándose a examinar la calidad moral o legal de los dichos asuntos.

Poco a poco, con audacia y ningún escrúpulo, Pietro había ido labrándose una merecida fama, llegando a convertirse lo que en América se denominaba un «boss». Su banda no era numerosa, pero los elementos que la componían habían sido cuidadosamente seleccionados y Lorgano podía estar orgulloso de los serios hombres que la formaban.

«Duros», todos ellos, ninguno dudaba en emplear la pistola cuando llegaba el momento y, a veces, si los negocios seguían su curso tranquilo y normal, sin que ello significase que no estuviesen fuera de la Ley, experimentaban un aburrimiento y exigían de Pietro que les procurase algo más interesante, donde pudieran ejercitar el arte del tiro al blanco, siempre que éste fuese un ser vivo, único aliciente que les calmaba.

Si aquellos descubrimientos los hubiese hecho antes, cuando no era más que un pobre viajante, Alain se hubiera muerto de miedo. Pero ahora, las cosas habían cambiado mucho para él y la aventura le iba llamando la atención cada vez más, preguntándose dónde iría a parar todo aquello. Porque, a pesar de que no sabía nada, la impresión del «otro» era cada vez más fuerte y entendía, intuía mejor, en cierto modo, una especie de proceso que finalmente terminaría explicando el encadenamiento de todo lo que había sucedido, desde el descarrilamiento del expreso hasta la muerte de Clara.

Lo que más le irritaba era haber perdido su cuerpo. Ninguno de los que estaba visitando por ahora le complacía tanto como el suyo.

Y era natural.

Por eso, cada vez que pensaba en que el suyo propio se estaba deshaciendo, corrompiéndose en algún cementerio de Lión, le ponía furioso.

Pero ¿qué podía hacer?

Después de todo y a pesar de las naturales restricciones de su estado, «puramente mental», estaba vivo, aunque se viese obligado a habitar cuerpos que no eran los suyos.

Al mismo tiempo el haber escapado a dos accidentes mortales, en que los cuerpos que ocupaba habían sido destrozados, le daba una especie de euforia, haciendo que, en ciertos momentos, se llegase a sentir inmortal o, por lo menos, fuera de los peligros comunes que se cernían sobre el resto de los humanos.

Sí, estaba agradecido; pero…, ¿a quién?

Aquélla era una de las preguntas que más veces se había formulado. Porque, seguro de haber recibido, de un modo extraño, instrucciones concretas que, por ejemplo le hicieron apoderarse de la personalidad de Clara, haciéndole comprar el cianuro y vertiéndolo después en la botella de borbón; el hecho también de haber vuelto a tomar las riendas de la personalidad de la muchacha para pedir a Pietro que la dejase guiar, la orden de que cogiese el bolso —cuyo contenido estaba ahora en una de las maletas del americano—; en fin, todo aquello demostraba que, por encima de su mente había otra que, en determinados momentos, dictaba las órdenes oportunas para que las cosas fuesen de aquel modo y sólo de aquél.

El viaje no tuvo para Alain más aliciente que el de enterarse de todo lo que había en la memoria y en la mente del bandido. Cuando llegaron a Nueva York, dos hombres esperaban a su jefe en La Guardia y Alain pudo así conocer personalmente a Fred Olivier y Joe Atman, los dos hombres de confianza de Pietro. Eran iguales, a pesar de sus diferencias físicas y poseían el «mismo corte» canallesco y decidido.

Iban vestidos de una manera escandalosa y su presunción les hacía sonreír ante las miradas de los demás, cuya atención estaba teñida de timidez y hasta de temor.

Lorgano poseía una casa en Bronx, además de regentar media docena de locales nocturnos en la ciudad; pero, evidentemente, prefería aquel barrio aislado, donde podía vivir lejos de las curiosas miradas de los policías, de los agentes del FBI y de los del Fisco.

Pero, desde su llegada, Pietro parecía estar preocupado por un asunto que no guardaba relación alguna con sus negocios, de cuya

marcha le informaron detenidamente, sin que les escuchase con demasiada atención, sus dos compinches.

—Todo ha ido bien, patrón —le dijo Joe.

—Bien. Ahora vamos a ocuparnos de algo verdaderamente importante y que puede proporcionamos un buen montón de billetes. He pasado unas vacaciones en Francia —es verdad que por la fuerza, ya que los «polis» de aquí se estaban poniendo un poco pesados—, pero no he perdido el tiempo y traigo algo «cañón».

—¿De qué se trata?

—Ya lo veréis. Lo primero que hay que localizar es a un tal William Tersann.

—Jamás he oído ese nombre —dijo Fred—. ¿Es alguno de la competencia?

—No, idiota: es un profesor. Uno de esos sabios que trabajan en los laboratorios donde se preparan los cohetes para el espacio. Eso fue lo que me dijo ella…

Joe guiñó el ojo.

—¿Ella, patrón? ¿Algún bomboncito francés?

—Era inglesa, pero eso no importa ahora. Desapareced de mi vista y no volváis hasta que no me traigáis las señas de ese tipo y, si es posible, el plano del lugar.

Los dos hombres se levantaron, abandonando la estancia. Sabían perfectamente lo inútil que hubiese sido discutir.

Cuando Pietro mandaba no quedaba más que una salida: obedecer.

* * *

Joe y Fred no reaparecieron hasta una semana después. Venían cansados y su elegancia había desaparecido casi por completo. Al penetrar en el salón, donde Pietro estaba, ante la televisión, terminando de ver un macht de boxeo, se dejaron caer, en sendos sillones, sin osar interrumpir al jefe, prefiriendo servirse un buen vaso de «*whisky*» y encender unos cigarrillos.

Lorgano les había visto entrar, pero el boxeo era para él como una segunda naturaleza —le hubiese gustado locamente dedicarse a él— y esperó a que el combate se decidiese, cuando el árbitro contó los fatídicos diez segundos ante el vencido.

Apagando el aparato, se volvió hacia los otros.

—¡Mal aspecto tenéis!

Y antes que ninguno de ellos contestase preguntó:

—¿Dónde vive?

—En Alamogordo. En el estado…

—Lo sé. ¿Mucha vigilarla?

—Muchísima.

Lorgano preguntó:

—¿Os habéis enterado de algo?

—Hemos oído muchas cosas, pero no hemos entendido casi nada. De todos modos, se hablaba mucho de un sabio inglés que fue envenenado en Cannes, un sitio de Francia…

Los ojos de Joe brillaron maliciosamente al tiempo que pronunciaba aquellas palabras.

—¡No fui yo, imbécil! —Gruñó el jefe—. Fue la chica.

—Yo no he dicho nada, patrón.

—Pero lo he leído en tus ojos. Cada vez que oyes algo de eso, se te alargan los dientes. No te preocupes: a lo mejor tienes esa clase de trabajo muy pronto.

Joe se pasó la lengua por los labios.

Hubo una pausa; luego Pietro dijo:

—Mañana saldremos para Alamogordo. Obraremos con cuidado.

—¿Y los asuntos de aquí?

—Ya he hablado con Raúl. Él se ocupará de todo. Sabe de esto casi más que yo. ¡A dormir, muchachos! Mañana, al despertar y antes de coger el avión, daos un buen baño… ¡oléis a no sé qué! Y vestíos como siempre: no quiero veros más con esa facha. Si la gente me viese a vuestro lado, pensaría que soy un agente del Ejército de Salvación.

Al final del día siguiente llegaron a Alamogordo. Se hospedaron en un hotel de la pequeña ciudad. Allí, reunidos en la habitación de Pietro, pasaron la noche estudiando el caso, hasta llegar a la conclusión de que la idea del italiano era la mejor.

—Tú irás mañana —le dijo a Joe—, con una fotocopia de la primera página, de las que hemos hecho en Nueva York, y se la presentarás al profesor, diciéndole que no tiene más que dos alternativas: o paga tres millones de dólares por todos los papeles juntos, garantizándonos la libertad y el paso a México, o, si desea

hacer el idiota, quemamos los papeles en el momento en que pasen dos horas sin que hayas vuelto junto a nosotros o notemos que te siguen. ¿Entendido?

—Sí.

—¡A dormir, entonces!

Una vez en el lecho, Alain, cuya mente había permanecido en la sombra, por uno de aquellos procesos que no entendía, notó, al volver a la superficie del cerebro del «gángster», que algo había ido mal.

Y, por primera vez, desde que permanecía en aquel anormal estado, oyó la «voz» mental del «otro», del que le ordenaba. Fue, no obstante, una percepción curiosa y confusa, ya que se podría decir que era él mismo quien se ordenaba; pero, en realidad, Alain se dio cuenta de que las órdenes del otro procedían de alguna parte, no lejana a su mente…

—¡Hay que obligar a este imbécil a que telefonee a Nueva York, número FAT-
43 763 986,
con toda urgencia! Tú mismo irás dictando las palabras que yo te dictaré mentalmente.

Pietro se despertó y, obrando como un autómata, descolgó el aparato situado sobre su mesilla de noche y pidió comunicación de larga distancia, con Nueva York.

Y cuando obtuvo el número que deseaba preguntó:

—¿Stone?

—¿Quién es ahí?

—Lorgano.

—¿Qué quieres?

—Verás. Sé que no hemos estado a partir un piñón en los últimos tiempos y que hemos peleado de lo lindo; pero ahora, Stone, tengo algo formidable entre manos: un asunto que puede dar tres millones.

—¿Desde dónde me llamas?

—Desde Alamogordo.

—Sigue.

—Necesito que vengas, con tus muchachos, para echarnos una mano. Luego, al terminarse todo, repartiremos como bueno amigos.

—¿Sabes lo que te ocurriría si intentases engañarme?

—¡No seas idiota, Stone!

—Bueno. Iré con los muchachos… pero no olvides mi advertencia.

Pietro colgó el aparato y volvió a quedar dormido, sin que su mente guardase el menor recuerdo de lo que acababa de hacer.

Alain, en el fondo del cerebro del bandido, experimentó la alegría de haber enderezado, algo que jamás comprendió y que era muy posible que no comprendiese jamás.

A la mañana siguiente, Joe, con la fotocopia que su jefe le entregó, se dirigió, después de alquilar un coche, a las instalaciones científicas de Alamogordo.

* * *

Siguiendo a su colega, el doctor Lasar penetró en el despacho del profesor de Anatomía, Verton, tomando asiento frente a él.

—¿Encuentra usted alguna explicación, Lasar?

—Ninguna.

—Es curioso. A primera vista, se diría que es una especie de conducto fistular; pero ¿de qué clase de lesión?

—No lo sé. No conozco ninguna afección cerebral que se fistulice de esa manera. El conducto qué hemos encontrado en esos dos cadáveres es idéntico y no hay restos, en sus masas cerebrales, de ninguna enfermedad. Las meninges están intactas y los orificios en los parietales parecen como recortados por un instrumento preciso.

—Lo curioso es la similitud en ambos casos. Tanto en ese tal Alain Curtau como en al guardagujas que provocó el accidente, suicidándose después, los conductos son iguales, están situados ambos en el lado izquierdo del cráneo, poseen el mismo trazado, idéntica dirección e igual longitud. ¡Como si estuviesen hechos por la misma causa!

—Eso es, pero lo malo es que desconocemos la, causa. Nunca hemos visto nada igual.

—¿No cree usted que deberíamos enviar un informe a todas las Facultades de Medicina del mundo? Es posible que alguien conozca eso.

—Sí, lo haremos…

Hubo una pausa y los dos hombres, como puestos de acuerdo, repasaron las docenas de fotos que se habían hecho de cada caso y que se amontonaban ahora sobre el despacho del profesor Verton.

—No nos hubiésemos dado cuenta —dijo Verton—, de no haber sido por el cadáver del responsable directo de la catástrofe ferroviaria. Había un médico que ya se extrañó, al hacer la autopsia, de aquel orificio y cuando lo sondó, al darse cuenta de que penetraba en el cerebro del siniestrado, dejó el cadáver a medio «hacer», llamándome enseguida. Luego apareció el otro y la cosa, se complicó.

—Yo creo que podemos descartar por completo lo de la fístula.

—Yo también. Ninguna lesión conocida justifica un conducto tomo ése.

—¿Entonces?

—¡Cuánto quisiera poder dar una explicación lógica, amigo mío!

—En caso de que apareciesen otros cadáveres con los mismos detalles, podríamos llegar a la conclusión de que existen anomalías de constitución no descubiertas hasta ahora.

—En eso pensaba, yo, también, pero no lo creo. De todos modos, vamos a enviar copias de estas fotografías a las Universidades extranjeras y veremos si conocen algo semejante.

—¡Es el asunto más apasionante que he encontrado en mi vida profesional!

—No lo dude.

CAPÍTULO V


lmenson; el ayudante del profesor Tersann, salió del laboratorio cercano a los talleres y fue hacia la sala de recepción donde acababa de ser requerido.

Pero al entrar allí, nada más ver la silueta del visitante, no pudo dejar de fruncir el entrecejo, preguntándose qué motivos podía tener un granuja como aquél para solicitar una entrevista con el profesor.

Naturalmente y como siempre, Tersann, ocupado día y noche, le había rogado «despachara» al visitante, diciéndole que no podía recibirle en modo alguno y que le dijese a él el motivo de su visita.

Harry se acercó al hombre, luchando por no sonreír al ver aquella estrafalaria y desastrosa manera de vestirse, cosa que «retrataba» al hombre como uno de esos que el joven no había visto más que en algunas películas de bandidos.

Pero nunca habría creído que tales tipos existiesen en realidad.

—Buenos días, señor…

El otro se levantó, haciendo caso omiso de la insinuación que el joven le hacía para que dijese su nombre.

—¿Es usted el profesor Tersann?

—No. Sólo su ayudante. El profesor está muy ocupado y…

El hombre dejó oír una risita absurda, cortando la frase de Harry.

—Diga al «viejo» que por muy ocupado que esté, le conviene más venir a verme.

—Lo siento, pero no puede hacerlo. Está realizando un trabajo importantísimo y por nada del mundo saldría del laboratorio.

Joe tiró la colilla de su cigarrillo y encendió otro.

Luego, mirando fijamente a su interlocutor, dijo:

—Está bien, chico… Usted es su ayudante y creo que conocerá sus asuntos lo bastante como para abrirle los ojos.

Sacó la copia fotográfica de la primera hoja del documento del profesor Hurman y tendiéndosela al otro.

—Vaya y enseñe eso a su patrón. Yo le espero aquí. Seguro que cambiará de parecer cuando vea eso.

Harry se había estremecido.

Porque reconoció el principio del informe que esperaban de Europa, pero que ya no tenían ilusión de recibir, puesto que conocían los dramáticos detalles de la muerte de Harold y la desaparición de los preciosos documentos en que trabajaba.

—Espere un momento aquí, por favor.

—No tengo prisa; aunque, en realidad, me gustaría echar un trago. ¿No hay un bar en este maldito edificio?

Harry sonrió.

—Voy a ordenar que le suban una botella de «*whisky*» y un vaso.

—Lo segundo no es tan importante. ¡Eres un hacha, muchacho! No me extraña que hayas llegado a ser el brazo derecho de tu patrón.

Sin hacer caso del lenguaje vulgar de aquel hombre, Harry abandonó la sala de recepción, después de ordenar que llevasen algo de beber al extraño visitante que aguardaba.

Momentos después estaba en el despacho de su superior, ante el que tendió la fotocopia, sin despegar los labios.

William Tersann era un hombre alto, fornido, con algo de viejo campesino en su aspecto descuidado y sano.

—¡No! —rugió, al leer las primeras líneas.

Y levantando la cabeza, clavó los ojos en su joven ayudante.

—¿Quién lo ha traído, Harry?

—Un granuja, señor.

—¿Se ha ido?

—No, espera hablar con usted.

—¡Hágale venir inmediatamente!

No tardó mucho en llegar Joe, conducido por uno de los empleados al que Harry había ordenado acompañarlo hasta allí.

—¿Me desea para algo? —inquirió el joven, dispuesto a dejar solo al profesor con el otro.

—Quédese, Harry. Usted, siéntese, por favor.

Joe lo hizo y volvió a encender un cigarrillo.

—¿Tiene usted la totalidad del escrito? —preguntó, el profesor, yendo derecho al grano.

—Lo tenemos —repuso prudentemente el otro.

—¿Cómo puedo conseguirlo?

Una sonrisa de triunfo iluminó el rostro de Atman.

—Muy fácil, profesor. Queremos tres millones de dólares.

William lanzó una rápida mirada a Harry.

Pero Joe, que había sorprendido el gesto, dijo:

—No, no sacará nada por ese procedimiento, profesor.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que yo también tengo un jefe y sabe lo que se hace. Si llama a la policía, me detienen o me sigue alguien, cuando salga de aquí, los documentos serán quemados y peor para ustedes. No les queda más remedio que pagar; se lo aseguro.

—No pensamos en otra cosa, pero ya comprenderá que necesitamos un poco de tiempo para reunir esa cantidad.

—¿Cuánto tiempo?

—Hasta mañana por la tarde, supongo.

—De acuerdo. Yo volveré, mañana por la tarde, en un coche y les llevaré al sitio donde se hará el cambio. No importa que usted venga, su ayudante puede evitarle el paseo. Lo importante es que lleve la «pasta». Iremos a un sitio y le entregaremos los papeles. Ya puede imaginarse que no necesitamos para nada ese informe.

—Lo sé.

—Otra cosa. Procure que los billetes no sean de serie seguida y

no pasen de diez dólares. No se preocupe si abultan demasiado, eso no tiene, en realidad, ninguna importancia.

—Así lo haremos.

—Y no olvide que cualquier indiscreción acarrearía la destrucción inmediata de los documentos, que quemaríamos a la menor sospecha.

—Nadie le seguirá y tampoco avisaremos a la policía. Puede irse tranquilamente.

—Así se habla. ¿Alguien me acompaña? Porque me perdería en todos estos pasillos y departamentos.

Harry llamó a un empleado y le ordenó que acompañase al visitante hasta la salida.

Quedó junto al profesor.

Éste, visiblemente nervioso, había encendido un cigarrillo y lo fumaba con ansia, al ritmo de su tensión.

—¿Qué va usted a hacer, señor?

Levantó la cabeza, mirando fijamente a su ayudante.

—Pagar —repuso.

—Pero ¿avisará a la policía?

—No…

Y, viendo la expresión de asombro que se pintaba en el rostro del joven físico, dijo:

—Escuche, Harry. Los documentos estaban perdidos irremisiblemente, según creíamos. Ya sabe que pensábamos que el que mató al pobre Hurman era un agente de una potencia extranjera y los papeles debían haber pasado ya muchas fronteras; pero, como acabamos de ver, la suerte nos ha favorecido de una manera estupenda. ¡Y no vamos a perder la ocasión!

—Pero…

—No diga nada, Harry. Ya sé que está pensando en como voy a arreglármelas para obtener el dinero que ese granuja me ha pedido. ¡Tres millones de dólares! ¡Santo cielo! ¡Es una cifra que jamás vi junta! Pero, por fortuna y como usted recordará, hay muchas firmas comerciales que estaban interesadas en que el cohete, nuestro cohete, llevase pintada una cierta propaganda en sus flancos. Por el momento, cuando nos lo propusieron, usted estaba a mi lado, sabe lo que dije a aquellos señores. Me parecía algo denigrante ensuciar una nave destinada a marcar un hito en la historia de la

Astronáutica y hasta en la de la Humanidad; pero las cosas han cambiado y hay que ser prácticos.

Hizo una pausa y tirando el cigarrillo en el cenicero, dijo:

—Comuníqueme a todos aquellos hombres de negocios, Harry. Voy a sacarles los tres millones, sea como, sea —sonrió—. En realidad, sin ellos, sin sus tres millones, no podríamos hacer nada, ya que los cálculos de Hurman eran fundamentales para el éxito de la empresa. No tenemos otra salida, Harry y vive Dios que vamos a utilizarla.

—Comprendo, señor.

Toda la tarde y parte de la noche se pasó en reuniones con los industriales que discutieron de firme; pero, hacia las diez, el profesor, sonriente, había conseguido lo que se proponía y cuando sus importantes visitantes se hubieron ido, puso, amistosamente, la mano sobre el hombro de Harry y exclamó:

—¡Hemos triunfado, muchacho!

—Sí, señor.

—Comprenderás que no podía decir nada a la policía, al menos por el momento. Pero en cuanto tenga los documentos se lo comunicaré, sin decir lo que he pagado por ellos. Washington podía echarse encima y como la cuestión de admitir publicidad o no depende de mí, nadie podrá echarme nada en cara.

—Ha demostrado usted ser un verdadero hombre de negocios.

El otro sonrió.

—Reminiscencias del pasado, Harry; reminiscencias… Mi padre era labrador y yo, de pequeño, iba con él a llevar, en nuestro camión, las mercancías al mercado. Allí aprendí esa difícil ciencia de discutir y regatear, de saber decir no cuando estamos deseando decir que sí.

—¿Podría irme ya, profesor?

—Sí, amigo mío. Y le ruego que me perdone por haberle tenido aquí todo el día y parte de la noche.

—Era mi deber, señor.

—Ya lo sé. Lo era, en cierto modo. Pero sé que su prometida debe estar intranquila. ¡Vaya, Elmerson! Mañana veremos lo que hay que hacer. Tenemos todo resuelto, por suerte, con tiempo suficiente.

Harry abandonó el complejo de la instalación de Alamogordo y

en su coche se dirigió hacia la villa, con la mente llena de los recuerdos de lo que había pasado aquella noche.

Sabía, a pesar de las tranquilizadoras palabras que le había dicho el profesor, que éste sentía en lo más hondo el tener que «ensuciar» —no había otra palabra mejor— su nave con vanos y estúpidos anuncios comerciales. Recordaba perfectamente las hirientes e irónicas palabras que Tersann había dicho a los comerciantes, unos meses antes, cuando éstos se atrevieron a proponerle el asunto.

Pero ahora…

Era verdad que sin aquel dinero no podían procurarse los preciosos documentos del fallecido Hurman, Y, como decía William, todavía tenían que estar contentos de que tal informe no hubiese sido llevado a ningún país extranjero.

Diez minutos después de haber abandonado la instalación, se detuvo ante el hotelito que habitaba Anna.

Sonrió.

Y cuando, después de dejar el coche junto a la puerta, llamó al interior y vio la mueca de enfado qué había en el precioso rostro de la muchacha, su sonrisa se amplió aún más.

Ella se hizo a un lado, cejándole entrar.

—¿Crees que son horas de…?

Se había quitado la gabardina y sentado en un cómodo sillón. Todo alrededor suyo, los lienzos cubrían las paredes o sé amontonaban por doquier, haciendo patente la profesión de la muchacha.

Ésta llevaba una blusa gris, con manchas de pintura multicolor.

—Ha habido una reunión muy importante, querida.

—¡Lo de siempre! ¿Quieres beber?

—Sí, siempre que no eches un poco de aguarrás en el vaso.

—¡Te lo merecerías!

Era alta, esbelta, con una espléndida cabellera negra qué ahora llevaba recogida en una graciosa «cola de caballo». Su piel morena demostraba su afición al aire libre y sus manos, de dedos largos y delgados, eran prueba de su temperamento delicado de artista.

—¿Has pintado mucho hoy?

—Un poco. A las seis, viendo que no venías, empecé una composición… ¡pero los nervios no me dejaban trabajar y tuve que

dejarlo!

—De verdad que lo lamento, Anna.

—Sí, ya lo sé. Con un «lo lamento, querida», crees que todo está arreglado. Es una de las fórmulas estereotipadas que los hombres gustáis de emplear, como talismanes infalibles. Pero os engañáis por completa.

Harry se levantó y se acercó a ella, de espaldas.

Y tomándola por la cintura, la hizo volver, besándola largamente.

Cuando la soltó, ella sonreía.

—Con esta clase de argumentos, querido, la cosa varía y te perdono la tardanza.

Harry la besó de nuevo.

* * *

—Nosotros nos quedamos aquí —dijo Stone—: Tú, Oly, ve en busca de Pietro y dile que ya hemos llegado.

—Bien, jefe.

Oly, un muchacho alto, con el rostro marcado por las pecas y una nariz respingona, con un asomo de bigotillo del mismo color rubio claro que sus cabellos, no tardó en encontrar el lugar que Pietro había dado a su jefe como su dirección en Alamogordo.

Instantes después, tras haber sido registrado por Joe, que le quitó la pistola, estaba ante el italoamericano, en la habitación del hotel que ocupaba éste.

—¡Hello! —saludó con un gesto amistoso, como debe hacerse a un jefe de banda con el que se va a colaborar.

Pero Pietro le miraba, con el entrecejo fruncido y la frente llena de arrugas.

—¿Qué buscas por aquí, tú?

—A ti. El jefe me ha dicho que ya estamos todos en Alamogordo.

—¿Stone aquí? ¿Y qué demonios ha venido a hacer?

Ahora fue Oly quien se asombró.

—¿Como? ¡Pero si tú le telefoneaste anoche y hemos tenido que correr como locos para coger el avión!

—¿Que lo llamé yo? ¿Es que se ha vuelto tarumba?

—No debes hablar así de Stone.

Lorgano lanzó una carcajada.

—¿Cómo quieres que hable de esa sabandija? Durante mucho tiempo me ha estado segando la hierba debajo de los pies, molestándome sin cesar. ¡Pero ahora, puedes decírselo, Pietro va a convertirse en alguien! ¡Y podré escupirle a la cara porque, cuando regresemos de México, los míos y yo, compraremos, por nada, todos vuestros asquerosos asuntos!

Oly se había puesto intensamente pálido.

—Pero… entonces, ¿por qué demonios nos llamaste, Lorgano? ¿Es que querías burlarte de nosotros? ¿No sabes que Stone no perdona esa clase de bromas?

Lorgano rugió:

—¡Al diablo Stone! Nadie le ha llamado ni sé cómo ha sabido que estábamos aquí. Aunque me imagino que no ha dejado de espiarme, desde que llegué a Nueva York. ¡Pero puedes decirle que pierde el tiempo! Aquí no hay «tajada» para él. ¡Que se largue!

En Nueva York, con sus pobres locales, puede ir matando el hambre.

Y como Oly dudase, pálido como el papel, exclamó:

—¡Lárgate tú también! ¡Devolvedle su pistola y que vaya a decir a Stone que aquí no hay sitio para desgraciados como él! ¡Largo!

Oly, una vez en la calle, sintió que se mareaba.

Tuvo que entrar en un bar y beberse tres vasos de «*whisky*», casi sin respirar; luego, con el cigarrillo en los labios y la mente deshecha, incapaz de comprender lo que pasaba, siguió su camino.

No podía entender la actitud de Pietro y temblaba al imaginar la cólera que se apoderaría de Stone. Después de haber soñado, como todos los de la banda, en un buen «pellizco», en forma de un montón de billetes, resultaba ahora que las armas iban a hablar y que lo que se podría recoger sería un buen trozo de plomo caliente.

En contra de lo que esperaba, Stone le dejó hablar, sin interrumpirle, pero con los puños apretados, hasta que los nudillos se le volvieron blancos.

Luego, cuando Oly terminó su relato, dijo con una voz neutra, casi inaudible:

—Está bien. Debí imaginármelo, pero he sido lo bastante estúpido de creer en él… Ya sabéis; muchachos, lo que nos espera.

Le miraron en silencio.

—Esta noche iremos a hacer una visita de cortesía a Pietro, que por algo nos ha invitado a Alamogordo.

No dijo más y encendió un cigarrillo.

Pero sus hombres, sentándose, sacaron las armas y empezaron una limpieza cuidadosa. Uno de ellos, que había abierto un maletín, sacó una metralleta Thompson y la desmontó en un abrir y cerrar de ojos, poniendo, aceite en todas las piezas.

El sonido de los carros al encajar, de los cargadores al entrar y salir fue el único sonido que se oyó en largo tiempo.

Luego, de repente, Stone dijo mirando a Oly:

—¿Cuántos son?

—Tres. Él, Joe y Fred.

Una sonrisa iluminó el rostro del «gángster».

—¡Lástima! Creí que la fiesta duraría mucho más.

Y después de una pausa dijo:

—Por lo que me has contado, Oly, deben de estar esperando algo importante. Y debe de ser esta noche, para que ese cerdo hablase como lo ha hecho. Dos de vosotros irán a vigilar desde los alrededores. Hay que aprovechar la ocasión y llevarse, al mismo tiempo, «el paquete» que esperan. ¿Qué os parece, muchachos?

Todos le sonrieron.

—Después de todo —volvió a decir Stone—. Pietro nos debe el viaje, que nos ha costado bastante caro. Se alegrará de vernos; seguro.

Y soltó una carcajada, como si ya viese la escena.

CAPÍTULO VI

l momento había llegado.

Desde la noche anterior, obedeciendo las instrucciones que había recibido, Alain, en el cerebro de Pietro, tradujo las órdenes e hizo que el bandido se adaptase a ellas, siguiendo el proceso de la llamada a Stone, de la que borró, al mismo tiempo, todo recuerdo.

Por eso, a la tarde, cuando Joe se preparaba a volver junto al profesor Tersann, el jefe le dijo:

—Y no olvides que el profesor ha de venir personalmente; es la única manera de estar seguros de que la «poli» no intervendrá mientras hacemos el trueque previsto, entre el dinero y los documentos.

Joe se rascó la cabeza, tras echarse el sombrero hacia atrás para poder hacerlo.

—Lo que no me explico, jefe, es cómo puede haber gente tan «chalada» como para cambiar unos cuantos papelotes por tanta «pasta».

—Nadie te pregunta tu opinión, Joe. Ve a la Instalación y di al profesor que debe ser él quien traiga el dinero.

—¿Y si su ayudante quisiera venir también?

Pietro se encogió de hombros.

—Es igual. Si viene el profesor, no tiene importancia quien le acompañe.

Joe abandonó el hotel. Tomó el coche, que había alquilado, para ir a la Instalación, donde llegó una docena de minutos después. Había caído la noche, pero los grandes reflectores de los terrenos de experimentación de Alamogordo ponían una nota diurna en el aire.

Penetró, después de atravesar la barrera de protección, dirigiéndose hacia el edificio en el que trabajaba el profesor. Ninguna dificultad le fue puesta y momentos más tarde se hallaba en el despacho, donde el profesor, en compañía de Harry, le esperaban visiblemente.

Joe sonrió al ver la gran maleta que había sobre la mesa.

—¿El dinero? —inquirió.

Por toda respuesta, el profesor abrió la maleta, dejando ver un impresionante montón de billetes, todos ellos de diez dólares, apilados estrechamente, llenando la valija por completo.

Joe tuvo, que apoyarse en el borde del despacho, hasta volver a recobrar la respiración. Jamás había visto tanto dinero junto y el pensar que parte de aquello iba a ser para él le ponía malo.

Miró a Harry.

—¿Puede darme un trago, ayudante? La vista de tanta «pasta» junta me ha cortado el aliento.

Elmerson fue en busca de una botella y un vaso y lo llenó generosamente antes de dárselo al otro, que lo bebió de un trago.

—¿Nos vamos? —inquirió, cuando el bandido terminó de beber.

—Un momento, amigo. El jefe quiere que el profesor nos acompañe.

—¿Eh? ¿Por qué?

De buena gana Harry hubiese dado una lección a aquel granuja; pero la severa mirada de Tersann, que había comprendido sus deseos, le dejó clavado en su sitio.

Y fue el profesor quien, con una sonrisa, dijo:

—Perfectamente. Iré con ustedes. En el fondo, me alegro, ya que deseo repasar los documentos antes de hacer la entrega del dinero.

Joe guiñó el ojo a Harry.

—El viejo tiene vista, ¿eh?

Abandonaron el despacho.

Harry llevaba la maleta y dejó paso al profesor para que éste se sentase antes que él; luego, tras colocar la maleta en el interior del vehículo, entró a su vez, disgustado.

El coche se puso en marcha, iluminando la negrura del asfalto con sus potentes focos. Después de penetrar en Alamogordo, se detuvo junto a la puerta del hotel donde Pietro esperaba.

Ninguno de los hombres que iban en el coche se percató de las siluetas furtivas que, desde un callejón cercano, los vigilaban.

Los hombres de Stone.

El profesor, Harry y Joe subieron directamente a la habitación del italoamericano, que les recibió con una sonrisa de triunfo, echando una mirada ambiciosa a la maleta.

Luego, mirando a Joe, preguntó:

—¿Está ahí el dinero?

—Sí.

—Contadlo Fred y tú en la habitación de al lado. Yo voy a atender a estos señores.

Sacó de una cartera los papeles que Clara le había dado al mismo tiempo que la orden de saltar del «Cadillac» momentos antes de lanzarse al mar.

Y los tendió al profesor.

—¿Son éstos?

William Tersann, que se había sentado. —Harry permanecía en pie, a su lado—, examinó detalladamente aquellos papeles, algunos de los cuales llevaba aún la muestra de haber estado bajo el agua; pero, por fortuna, la impresión de la máquina de escribir especial de Hurman, eléctrica, había impresionado los caracteres de una manera indeleble y Tersann pudo leer con claridad las fórmulas de su desaparecido colega.

Se volvió hacia Elmerson.

—Es lo que esperábamos, Harry. Ha valido la pena el esfuerzo.

—Me alegro, señor.

Incapaz de resistir el influjo que aquellas notas, de las que dependía totalmente su triunfo, William siguió leyendo y Harry no se atrevió a interrumpirle. Por otro lado, en la habitación vecina,

los dos bandidos debían luchar con cifras que no habían manejado jamás.

Mientras, Alain iba tomando las riendas de la mente de Pietro, que había dejado funcionar a su modo hasta aquel momento.

Y le ordenó que matase.

Lentamente, seguro de sí mismo, como siempre lo había estado, Lorgano echó mano a su pistola y disparó al pecho del profesor. Las balas atravesaron el informe que éste estaba leyendo, empapándolo después en la sangre que manaba de las heridas, cuando el sabio se desplomó sin vida en el suelo.

Pálido, Harry se sintió anonadado, no comprendiendo aquella actitud inesperada del bandido.

Pietro, con una feroz sonrisa en los labios, levantó el arma apuntando al joven.

Pero, en aquel momento, la puerta de la habitación se abrió de golpe y salvajemente, hicieron irrupción en ella las huestes de Stone, capitaneadas por su jefe.

Ladraron las armas.

Acribillado por los proyectiles, Lorgano logró también disparar, tumbando a uno de los asaltantes. Luego, Joe y Fred, atraídos por los disparos que su jefe había hecho contra el profesor, salieron de la habitación, después de haber cerrado apresuradamente la maleta.

Y el combate explotó.

Harry se había lanzado al suelo y teniendo el cadáver de uno de los bandidos sobre él, tuvo que aguantar el peso del hombre que se desplomó, oyó los disparos y el ladrido furioso de la metralleta.

Luego, una voz gritó:

—¡Vamos, Oly! El dinero debe estar ahí dentro.

Unos pasos y después otra voz:

—¿No recogemos a los nuestros, jefe?

—No. La «poli» se nos va a echar encima… ¡Vamos!

Los pasos se alejaron, escaleras abajo y un silencio tremendo cayó sobre todo; un silencio que era algo así como la misma esencia de la muerte.

* * *

—¿Otro vaso, cariño?

—No, Anna. Prefiero fumar.

—Como quieras.

Ella se acercó, con su vaso en la mano, sonriéndole, para terminar sentándose a su lado.

—¿No pasaste miedo, Harry?

—Mucho. Pero hubiera tenido menos de haber poseído una pistola.

—No sé cómo fuisteis a aquella cita sin avisar antes a la policía.

—No podíamos hacerlo. Yo, francamente, cuando el pobre profesor empezó a leer el informe y se dio cuenta de que era lo que buscábamos, me tranquilicé… ¡y en aquel preciso instante, aquel canalla empezó a disparar!

—Debió de ser horrible.

—Más que eso. Luego, cuando me tocaba el turno a mí, se abrió la puerta y el jefe de aquella banda enemiga apareció, asesinando al otro. ¡Tiros por todas partes y balas que rebotaban o se hundían en las paredes! ¡Un espectáculo delicioso!

—¿Y los atacantes?

—Los mataron, al intentar escapar. Se ha recuperado el dinero y el escrito del profesor Hurman está en la Instalación; pero ¿de qué va a servir ahora?

—¿No se podrán reanudar los trabajos?

—Sí, pero se tardará muchísimo en poner en marcha el Proyecto. Lo horrible es que todo esto ha costado la vida a los dos únicos hombres capaces de llevarlo rápidamente a cabo.

—¿No será una acción de alguna potencia enemiga?

—No lo sé. Aunque no hubieran complicado tanto las cosas. Una vez muerto Hurman y desaparecidos los documentos, no tenían que preocuparse por nada.

—¡No lo entiendo!

—Yo tampoco. Además…

—¿Qué, Harry?

—No sé lo que me pasa. Hace un buen rato que me duele la cabeza y no acierto a pensar como antes.

Lo miró, extrañada.

—¿Quieres echarte un poco?

—Sí, creo que sí. Todo esto debe de ser consecuencia de lo que he pasado. ¿Dónde puedo acostarme?

—En la habitación de los huéspedes. Está preparada. Vamos.

Lo acompañó, dejándolo tendido, con las cortinas echadas. Luego se fue al salón, preocupada, sin poder decidirse a pintar.

Mientras, Harry luchaba desesperadamente contra aquellas ideas que intentaban imponerse a las suyas.

¿Se estaba volviendo loco?

¡Bah! Era una tontería. Debía de tratarse de alguna cosa obsesiva, algo así como cuando uno no puede deshacerse de una melodía que, oída en una función de noche, nos persigue con sus sones toda la madrugada.

Pero no, aquello era distinto a cuanto podía experimentarse normalmente. Tuvo que rendirse a la evidencia y llegar a la conclusión de que algo extraño le ocurría.

Ideas que no había tenido jamás, paisajes que nunca vio. Todo aquello desfilaba, lleno de imágenes curiosas y de personas a las que no conocía ni remotamente.

Luchando desesperadamente, pero dejando que las imágenes se produjesen, pudo ver lugares de Francia, un tren que se estrellaba, ideas de una jovencita inglesa mezcladas con otras de un hombre que se había extrañado, antes que él, de estar «poseído».

¡Aquélla era la palabra!

Se estremeció, porque aquella posesión se acercaba mucho a la locura y era eso lo que temía más.

Terminó por saltar del lecho, incapaz de sostener por un momento más la tensión horrorosa de irse viendo ocupado por una mente extraña que, al mismo tiempo, parecía ser múltiple, ya que eran muchos los personajes que intervenían en aquella caravana inacabable de imágenes y recuerdos que no eran suyos.

Tenía miedo.

Anna estaba sentada junto al fuego leyendo y se volvió al oír que él se acercaba.

—¡Por Dios, Harry! ¿Es que no puedes ser un poquitín serio? Debías estar en la cama.

—No puedo, querida.

Ella notó la extrema palidez del rostro del hombre y se estremeció, sintiéndose inquieta.

—¿Te sientes enfermo?

—No es eso, amor mío… Me está ocurriendo algo extraño y —

sonrió— temo que tengas que llamar a un psiquiatra.

—¡No digas bobadas, por favor!

Pero él sintió que la muchacha temblaba y que el miedo se había metido en sus pupilas, dándolas un brillo intenso.

—¡Pobre querido mío!

Se había lanzado a sus brazos y él se percató, mientras luchaba desesperadamente contra las ideas que se iban apoderando de su mente, de todo el mal que podía hacer a Anna si permaneciese allí.

¡Tenía que huir!

Los amplios campos, la lejanía infinita, le aparecieron como la única manera de encontrarse a sí mismo, de poder luchar, pelear contra lo que se oponía a la marcha normal a su razón.

Por eso, desasiéndose del dulce abrazo de la mujer que amaba, salió de la casa, desoyendo las llamadas de ella que, con voz trémula, sonaban a su espalda.

—¡Ven, Harry! ¡Ven a mi lado!

La noche le envolvió, serenándole un tanto.

No tardó en encontrarse en los arrabales de la pequeña ciudad, tomando una carretera, cualquiera de ellas —¿qué más daba?—, por la que empezó a andar, todavía temblando bajo el influjo de la «mente extraña» que, agazapada en la suya propia, iba posesionándose, lenta pero seguramente, de los últimos resortes de su personalidad.

* * *

La primera fase había terminado.

Lejos, en la negrura infinita del espacio, se sabía que los hombres ya no serían capaces, al menos por mucho tiempo, de salir al espacio de una manera organizada.

¡Podían felicitarse!

Por eso, en aquella eterna noche del espacio, fue dada la orden de que los navíos fuesen avanzando, rápidamente, acercándose al Sistema Solar que habían elegido como presa fácil. Y dentro de ese Sistema, un planeta cuyas condiciones atmosféricas se prestaban al desarrollo de la especie, aunque tan diferente era de la que habitaba allí.

Pero, de todos modos, había algo que coincidía en ambas

criaturas; la mente. Esa chispa que había hecho que los que la poseían levantasen la cabeza hacia el firmamento, preguntándose por qué no podrían ir más allá del lugar donde parecían haber sido confinados.

La noticia de que la primera fase se había llevado a efecto tuvo como consecuencia en que los navíos cósmicos se pusieran en marcha, bogando hacia la Tierra, aunque faltaba aún mucho para que sus ocupantes se atreviesen a hacerlas descender hasta posarlas sobre el feraz suelo de aquel mundo.

Primero, según las informaciones que se habían recibido de los agentes en acción, era necesario suprimir a los jefes de los grandes países, de la misma manera que se había terminado con los hombres de ciencia que, al conseguir el lanzamiento de sus naves espaciales, hubiesen descubierto fatalmente las suyas.

Por desgracia, uno de los agentes había muerto, aún no se sabía cómo; pero sus comunicaciones dejaron de llegar, lo que hizo que se supusiese que había desaparecido.

En cuanto al otro, había desarrollado un notable trabajo y estaba ahora en marcha para realizar la acción más importante, ya que según las informaciones recibidas, había un país, el más fuerte de todos, cuyo jefe debía ser eliminado, ya que él debía dirigir el resto del mundo.

Y así fue como, desde muy lejos, fue precisada la ordenación de asesinar al presidente de los Estados Unidos.

* * *

Alain se iba abriendo paso, con mucha dificultad, en la nueva mente que ocupaba. No obstante la seguridad que ya poseía, pasó un poco de miedo al ver que Pietro caía acribillado por los balazos de sus enemigos.

Pero, como siempre, después de una corta fase de inconsciencia, se había despertado de nuevo, encontrándose en otro cuerpo que, hacía muy poco, había precisado ser el de un joven profesor de Física, el que había acompañado al profesor Tersann a su reunión con los bandidos.

Nunca, desde que ocupó la mente de Clara, había encontrado un cerebro tan complejo como aquél. Le costaba esfuerzos indecibles ir

anulando las ideas del «anfitrión». Por fortuna para él, «el otro» le había enseñado inconscientemente su trabajo y Alain conocía ya muchos trucos para reducir la voluntad de la criatura cuyo cerebro ocupaba. Hasta le había tomado gusto a la cosa y se divertía analizando las ideas de su «ocupado», enterándose de todo y gozando al ver, por primera vez en su vida, cómo eran los demás «por dentro».

Mas, a pesar de todas aquellas satisfacciones, Alain se estaba dando cuenta, desde hacía un poco de tiempo… ¡de que su propia personalidad se iba disolviendo! Y no tardó mucho en comprender que «el otro» era el causante de aquello.

«Cuando no me necesite para nada —meditaba tristemente—, me eliminará sin dudarlo…».

Y no se equivocaba.

Aquellas ideas le daban pavor, ya que no podía defenderse en modo alguno contra la destrucción a la que el otro le condenase. Y después de haber visto su cadáver, de saber que corporalmente estaba muerto, deseaba, por lo menos, seguir existiendo, aunque fuese de aquella manera, en los cuerpos de los demás.

Pero sabía que sus deseos no contaban nada para el «otro», al que jamás conocería.

CAPÍTULO VII



ase, doctor Tummer. Y siéntese.

El recién llegado, un hombre relativamente joven, de aspecto atlético y vestido de una manera algo juvenil, tomó asiento en uno de los sillones que le ofrecían, dejando la cartera sobre la mesa del despacho de Verton.

El doctor Lasar estaba también, ocupando otro de los sillones.

Hubo una pausa, mientras Verton distribuía habanos y servía el coñac Martel en grandes copas de cristal. Después, cuando el ambiente se hubo caldeado, tanto material como psíquicamente:

—Recibimos su telegrama ayer, profesor Tummer.

Y piense si nos proporcionó alegría.

El americano sonrió.

—Hacía unas semanas que habíamos recibido las copias fotográficas de los dos casos registrados en Francia. Y cuando uno de mis antiguos alumnos me comunicó que había visto algo

semejante en Dallas, donde se le encargó de una necropsia, me precipité allá, examinando el cuerpo y comprobando que lo que nos interesaba aparecía allí con la misma precisión que en las fotos que ustedes enviaron. Luego les avisé de mi llegada… y aquí estoy.

Verton sonrió.

—¿Podría ver esas fotos, amigo mío?

—Con mucho gusto.

Abrió la cartera y sacó de ella las fotos, que extendió sobre el despacho. Lasar se había incorporado y miraba también con la misma curiosidad que los otros.

—¡Es fantástico! —exclamó Verton—. El mismo canal, el mismo trazado, idénticas características.

Volvieron a sentarse.

—El cadáver —explicó el americano— pertenecía a un «gángster», conocido ya por nuestras autoridades, llamado Pietro Lorgano.

—¿Estuvo en Francia?

Tummer enarcó el entrecejo.

—Lo ignoro; pero no veo que…

—Verá, amigo mío —repuso Verton—: creemos que se trata de una enfermedad que se ha presentado en nuestro país por vez primera. Por eso, si ese hombre hubiese estado en nuestro país.

—Comprendo. ¿Puedo utilizar su teléfono?

—¡Naturalmente!

—Voy a llamar al. FBI que, debido a los cargos existentes contra el finado, se ha encargado del asunto. Ellos nos dirán todo lo que deseamos saber.

Obtuvo muy pronto la comunicación y habló durante quince minutos, limitándose a escuchar lo que su invisible interlocutor le decía, mientras no dejaba, de tomar notas sobre un block que el doctor Verton le había proporcionado.

Cuando colgó, se volvió frente a los otros, sonriente.

—¡Dieron en el clavo, amigos! Estuvo en Francia.

—Y mirando al cuaderno: —Pietro Lorgano estuvo en Cannes, donde pasaba unas vacaciones forzosas debido a nuestra policía federal.

Lasar se dio una, palmada en la frente.

—¡Qué bruto soy!

Los otros le miraron con curiosidad.

—¿Qué le ocurre? —le preguntó su compatriota.

—Que ese Lorgano era el dueño del coche donde fue encontrada la secretaria inglesa del profesor Hurman. ¡Ya decía yo que ese nombre me recordaba algo!

El rostro de Verton se ensombreció.

—Eso lo cambia todo —dijo.

—¿Qué es lo que cambia? —inquirió el americano, cuya mente no iba tan aprisa como la de los otros.

Verton le miró.

—¿No se da cuenta de que las tres personas en las que se ha hallado ese canal están relacionadas con la muerte del profesor inglés?

—¿Cómo? —se extrañó el otro francés—. El joven Alain no tenía nada que ver…

—Eso es lo que no sabemos. Fíjese, Lasar, en que ese joven iba en el mismo compartimiento que la secretaria inglesa, responsable directa del envenenamiento del profesor Hurman. Si iban juntos, era por algo. Y es casi seguro que fuesen cómplices. Luego, a la muerte de la inglesa, encontramos, en su autopsia, el mismo canal. También se halló en el guardaagujas que provocó la catástrofe y ahora en un bandido que estuvo en Cannes y cuyo coche sirvió de tumba a la inglesa.

Les miró, desafiante.

—No irán a decirme que se trata de una pura coincidencia, ¿verdad?

El americano movió la cabeza.

—No. Evidentemente, amigos, no es una coincidencia; lejos de ello. Parece, por el contrario, que hubiese una relación directa entre todos esos casos.

—Yo también estoy de acuerdo, aunque no termino de explicarme el papel de aquel joven cuyo cadáver nos encontramos en el tren.

—Ya le he dicho, Lasar que debía ser un cómplice de la joven británica.

Hubo una pausa; luego, el doctor estadounidense:

—Todo esto demuestra que nos encontramos ante una asociación internacional y que sea posible que el canal sea una

señal o un rito que hayan tenido que cumplir para pertenecer a ella.

Vernot sonrió.

—No lo creo. Una marca así no puede haber sido realizada por un hombre o una mujer que no sea cirujano. Además, olvida que el estudio microscópico del canal nos ha demostrado, de una manera indudable, que ningún instrumento humano lo ha hecho. Quedan, por otra parte, infinidad de preguntas por contestar, entre ellas por qué ese canal llega hasta el cerebro, después de perforar el hueso…

—Estaba pensando —dijo Tummer— que debíamos interesarnos por todos los que hayan intervenido en este asunto. Yo quería explicarles, aunque ya lo saben ustedes por la prensa cómo murió el pobre profesor Tersann…

—Sí, ya lo sabemos.

—Bien. Todos los bandidos que intervinieron han sido muertos, entre ellos el célebre Stone, que ustedes no tenían la desgracia de conocer como nosotros y al que buscaban la policía y el servicio federal. Pues bien, en aquella habitación, si mal no recuerdo, estaban, además del profesor… ¡sí, ahora recuerdo! ¡Su ayudante, un tal Elmerson! ¡Y justamente ha desaparecido!

—¿Eh?

—Lo que oyen. Cuando iba hacia el avión, compré algunos periódicos y leí la noticia en todos ellos: el ayudante del profesor Tersann había desaparecido misteriosamente.

—¡Es formidable!

—Eso nos hace sospechar que ese joven posee una marca como estos que ya conocemos…

Hizo una pausa; después, con vehemencia propuso:

—¿Por qué no se vienen conmigo? Podíamos seguir estudiando esto en los Estados Unidos y esperar a que las autoridades cacen a ese joven para comprobarlo todo… si es que lo cogen vivo.

—¡Eso es lo que debían hacer! —explotó Lasar—. Vivo, nos serviría para conocer la verdad; muerto, no nos sería de utilidad alguna.

El americano se encaró con Verton.

—¿Qué hay, colega? ¿Se decide a acompañarme?

El otro sonrió.

—Lo lamento de veras, pero no puedo. Mi trabajo aquí, en París, no me permite abandonarlo. Pero creo que Lasar podría ir con

usted. Es mi ayudante y, si desea verdaderamente acompañarle, tiene ya mi permiso.

—¡Gracias! —exclamó el otro.

—Estupendo —subrayó Tummer—. Partiremos mañana mismo y nos pondremos en comunicación con las autoridades federales, haciéndoles ver la importancia que tiene el que consigan atrapar a ese hombre vivo.

* * *

¡Tienes que matar!

Tumbado en un pajar, donde había terminado por dejarse caer, después de una caminata espantosa, ahora bajo las estrellas de la noche, Harry oyó por primera vez la orden directa, sin ambages.

¡Tienes que matar!

Llevaba horas y horas… ¿o días o meses o años o siglos? Luchando desesperadamente por vencer lo que ya era invencible, lo que le dominaba y, sin que él mismo se diera cuenta, le dirigía irremisiblemente hacia el este.

¿Qué sabía él, pobre esclavo del señor que le poseía; que su objetivo estaba en Washington, en la Casa Blanca?

Por el momento, convertido en un paria, con la ropa destrozada, sucio, desharrapado, con una barba de varias semanas, que le daba un aspecto miserable, iba, él creía que de un lado para otro, sin rumbo ni destino, arrastrando una pelea constante. Porque su mente, lo poco que quedaba de ella, se aferraba espasmódicamente a su cerebro, resistiendo el empuje del «otro», de aquel Alain que, a veces, en la quietud de los raros silencios que se hacían en el cerebro de Harry, oía suspirar y condolerse, como si él mismo padeciese algo semejante al martirio que hacía sufrir al joven sabio.

¡Qué no había hecho para librarse de aquel cepo espantoso que estaba en el interior de su cabeza!

Pensó en Anna, en sus cálculos, en los estudios, en su niñez; buscó, afanosamente, un lugar donde huir, donde ocultarse, lejos de la presión que Alain ejercía impecablemente sobre él.

Pero no consiguió sino desesperarse.

Ahora, cuando había casi consentido a aquel estado demoníaco, a aquella obsesión indecible, había descubierto también la

existencia, dentro de su cerebro, de otro ser que sufría y padecía su mismo martirio. Pero también se percató de que Alain, cuyo nombre y aventuras iba conociendo cada vez más, estaba aterrado por algo preciso: su desaparición que, según él, se acercaba inexorablemente.

¡Tienes que matar!

La orden le llegaba, a través de Alain, procedente de algún otro rincón de su mente, en la que, por lo visto, habitaba el duende poderoso que se había apoderado de su personalidad.

Pasó la casi totalidad de la noche oyendo aquella voz, pero intentando apagar su poder terrible.

Harry no podía concebir que se fuera a convertir en un asesino.

Finalmente, un poco antes de la madrugada, la orden terminó por vencerle y se levantó, dirigiéndose hacia un lugar desconocido, en los aledaños de una gran ciudad, en la que quizá no había estado nunca pero que ahora parecía conocer perfectamente.

El «otro» le guiaba.

Con precaución penetró por oscuras y desiertas callejas, avanzando con una seguridad automática. Después de atravesar una pequeña plaza, desembocó en otra calle, deteniéndose en un rincón que hacía la fachada de una casa que no seguía la línea de las demás.

Harry se dio entonces cuenta de que llevaba una piedra en la mano derecha. Intentó recordar cuándo la había cogido, pero no consiguió esclarecer su mente que, por otra: parte, parecía sumida en la misma bruma que caía sobre la ciudad en aquellos momentos.

Esperó unos minutos, oyendo después que la puerta se abría. Unos pasos fuertes se fueron acercando y Harry apretó la piedra entre sus dedos, levantando el brazo y pegando su cuerpo a la pared, manteniéndose de lleno en la oscuridad que reinaba en aquel ángulo de la fachada.

El hombre llegaba ya.

Y Harry, obediente a las instrucciones que no cesaba de recibir, levantó el brazo y descargó un golpe formidable sobre la cabeza del hombre que pasaba junto a él.

A pesar de todo, hubo una llamarada curiosa en la conciencia del joven y, en el último instante, cuando ya la piedra describía la fatal trayectoria que le imprimía el brazo, disminuyó la velocidad,

haciendo que la intensidad del golpe fuera notablemente menor.

De todos modos, el hombre, tan alto como él, se desplomó, sin un quejido. Dejando la piedra en el suelo, Harry arrastró el cuerpo, cambiando sus andrajosos vestidos por los del otro. Ni se dio cuenta, hasta que terminó de ponerse las botas del hombre, de que se había puesto el uniforme de un policía.

Pero no reaccionó a aquello.

Se cargó después el cuerpo y salió de la ciudad, que todavía dormía dirigiéndose a una casa en ruinas, a un par de millas de allí, donde dejó al policía, tras atarlo cuidadosamente y amordazarlo, con su propia camisa antes de dejarle allí.

Quince minutos más tarde, en la estación de la ciudad, Harry subía a un tren con destino al Este.

* * *

No podía esperar más.

De muy poco consuelo le habían servido las palabras de los inspectores que la visitaren, asegurándole que Harry no tardaría en aparecer. Habían pasado muchos días y su prometido no dio señal de vida.

Sin embargo, algo le decía a Anna que no había muerto.

Las últimas palabras que había escuchado de Harry, antes que éste huyese de su casa, le hacían pensar en una sola posibilidad: Harry había perdido la razón y debía de vagar por los campos o seguía las carreteras, de un lado para otro, como una fiera solitaria, pasando hambre y sed…

Recordando el camino que había tomado Harry al partir, cuando ella le llamó repetidas veces desde el dintel de la puerta de su casa, Anna llegó a la conclusión de que, desembocando aquel camino en la carretera que se dirigía hacia el norte y después al este, no podía el joven haber tomado otro camino.

Por eso, preparando sus cosas, tomó el coche, después de cargarlo con vituallas y ropas de Harry, que fue a buscar a su piso, saliendo de Alamogordo y tomando la carretera por la que suponía que su prometido se había ido.

Llena de esperanza, se fue deteniendo en todas las ciudades y pueblos por los que atravesaba, preguntando en los puestos de

policía, sin obtener una respuesta satisfactoria.

Hasta que llegó a una pequeña ciudad donde se hablaba de la agresión hecha a un policía que había sido encontrado, gravemente herido y abandonado, en una granja vecina en ruinas.

No dijo nada, pero tuvo la impresión de que «aquello» había sido obra del trastornado Harry. También supo que el policía había sido visto en el tren y que la orden de su detención había sido dada.

Notó que los policías estaban inquietos y que esperaban cazar al que había agredido, aunque tuviesen que matarle. Y, llena de terror, después de informarse de que el tren, que había salido hacía una hora, no había llegado aún a la estación donde los policías lo esperaban, se lanzó, con su coche, a una loca carrera, dispuesta a detener el convoy y salvar a Harry hasta que hubiese explicado a las autoridades su lamentable estado mental.

Anna no podía saber en aquellos momentos que no obraba por sí misma. Pero ¿cómo podía saberlo ni darse cuenta de nada?

Durante unos días, mientras esperaba que la policía le trajese a su Harry, fue dueña de sus ideas y de su mente; pero ahora, cuando lo terrible se había producido, obraba por mandato, aún indirecto, sirviendo de protección a algo que dominaba a Harry.

El vehículo, a una velocidad formidable, devoró las millas, sobrepasando todas las velocidades permitidas. Pero tuvo suerte y ningún agente se tropezó con ella en aquella marcha demoníaca.

Cuando vio el tren, una sonrisa de triunfo se pintó en su rostro. Y acelerando aún más, logró, gracias al trazado de la carretera, adelantar al convoy, hasta que cuando su ventaja fue suficiente, cruzó el coche en la vía, segura de que haría detener el tren.

Así ocurrió.

Mientras los maquinistas, jefe de tren y algunos viajeros corrían hacia el coche, preguntándose si no habría ocurrido algo lamentable, ella, que se había ocultado entre las matas que bordeaban la línea férrea, subió a uno de los vagones, empezando a recorrer los departamentos, en busca de Harry.

La buena suerte —así lo creyó ella— hizo que lo encontrase casi enseguida. Y, como esperaba, Harry no la reconoció, aunque sus pupilas brillaron con intensidad al verla.

Cogiéndolo del brazo, lo hizo descender, por el otro lado del convoy, ocultándolo, junto a ella.

Mientras tanto, después de tomar el número de la matrícula del coche y buscar afanosa e inútilmente a sus ocupantes, los maquinistas lo quitaron de en medio de la vía, volviendo todo el mundo al convoy, que reanudó su marcha momentos después.

Cuando el convoy se alejó, Anua sacó a Harry del escondite, haciendo que la siguiese hacia el coche.

La joven lloraba.

Era doloroso que él no la reconociese y que caminase a su lado como un muñeco automático, con los ojos extraordinariamente brillantes.

¡Si hubiera sabido la verdad!

Porque Harry la había reconocido desde el primer instante y luchaba desesperadamente por recobrar el control cíe su cuerpo… ¡que había perdido!

Tomando las riendas de su persona, Alain, obedeciendo al «otro», hacía inútiles todos los esfuerzos del desdichado joven, que hubiese querido estrechar a la muchacha entre sus brazos, decirle muchas cosas y huir con ella de aquel camino que, de una manera cada vez más clara, significaba para él algo horrible y que le costaría la vida.

Su furia alcanzó límites imposibles de describir cuando Alain, siempre al mando de su cuerpo, dijo a la joven:

—Hay que ir hacia el este, Anna.

Ella le miró asombrada.

—¿Por qué, Harry? Lo mejor que podemos hacer es volver a casa.

—¡Harás lo que yo diga!

—Pero…

La golpeó duramente, con el dorso de la mano. Ella lanzó un grito ahogado, llevándose la mano a la boca de donde empezaba a brotar un hilillo de sangre.

Harry, encadenado como nunca lo había estado, en su propio cuerpo, sintió un dolor indecible. Y justamente, en aquel momento, cuando gozaba de toda la libertad de pensamiento, ¡tenía que haber asistido a una escena tan horrible como aquélla!

CAPÍTULO VIII

os veces cambiaron de coche, haciendo imposible que la policía los descubriese.

Anna, maravillada y aterrorizada a la vez, vio un Harry que no había conocido jamás, capaz de robar un coche con una táctica de bandido, ignorando que Alain, para hacer todo aquello, estaba utilizando lo que había aprendido en la mente criminal de Pietro Lorgano.

Ante los ojos abiertos por el asombro de la muchacha, Harry había cambiado de personalidad y no era ahora el mismo. Tampoco podía decirse que estuviese loco, puesto que se comportaba normalmente.

Desde el momento que la había pegado, Anna comprendió que su prometido había sufrido una profunda transformación; pero, de todos modos, no era responsable la locura, como había temido al principio.

Harry se había librado de su uniforme de policía y con el dinero

que robó a un hombre, en una carretera, simulando una avería en el coche que los dos jóvenes ocupaban —dejó al hombre tendido en el suelo, sin escuchar el llanto de la muchacha—, había comprado ropa nueva y ahora, afeitado y limpio, parecía otro, con la particularidad de haberse dejado un bigote que cambiaba por completo su fisonomía.

Fue entonces cuando llegaron a Lincoln, en el estado de Nebraska.

Se habían visto obligados a desviarse del camino que debieron tomar para llegar a Washington antes, pero la vigilancia de la policía se había hecho muy intensa en Arkansas y Missouri, obligándolos a torcerse hacia el oeste.

Nebraska no podía ser lugar de sospecha para nadie, puesto que estaba alejada de todos los caminos en los que Harry había cometido una serie de delitos, capaces de marcar su camino de una manera precisa.

Para las autoridades, aquel loco se dirigía hacia el este y todas las barreras y controles se habían establecido, lógicamente, en la prolongación del camino que Harry parecía seguir.

En la ciudad a la que acababan de llegar, Harry se alojó con Anna en un «hotel» de los alrededores, descansando de la cantidad de kilómetros, que casi sin detenerse habían hecho en los últimos días.

—Prepárame café —le dijo a ella—. Debe haber en la alacena.

Anna se había acostumbrado a obedecer sin decir nada. La actitud de Harry había cambiado por completo hacia ella y, en el fondo, había nacido un miedo horrible hacia aquel hombre al que, hasta ahora, no había conocido de verdad.

Pero las preocupaciones de aquellos seres humanos: el temor de Anna, la rabia impotente de Harry, el pánico a la desaparición de Alain, ¿qué importaban para los proyectos del «otro»?

Aquella misma noche, cuando el cuerpo de Harry cayó sumido en un sueño profundo, hubo una comunicación con el espacio, un larguísimo informe en el que se hacían patentes las dificultades crecientes que la misión encomendada presentaba.

Las cosas, en verdad se habían complicado mucho y, por otro lado, corría prisa solucionar el problema fundamental; el asesinato del Presidente de aquel poderoso estado que llevaría a la Tierra —al

menos ellos lo creían así— a un estado de decadencia que podía aprovecharse para que la segunda fase entrase en marcha.

A través del espacio, por el universal lenguaje de la telepatía, prácticamente de poder ilimitado, se cruzaron las palabras de aquellos seres.

—¿Cómo van las cosas?

—No muy bien. Hay muchas dificultades.

—¿Estás seguro de obrar como debes?

Hubo una pausa. El de la Tierra vacilaba.

Después continuó:

—No lo sé. Este mundo es muchísimo más complicado de lo que imaginábamos al principio.

—¿Cuándo te has dado cuenta?

—Al ahondar en las mentes de los hombres. Con toda franqueza, necesito ayuda.

—¿Cómo? ¿No puedes hacerlo solo?

—No.

—¿Y cómo quieres que te ayudemos? Tú eres el único que conoce a esos seres. Sólo tú sabes lo que hay que hacer…

El de la Tierra reflexionaba hondamente.

—Esperad un momento —dijo luego—. Voy a ver.

Tomó contacto con las mentes que yacían en el cerebro de Harry. Alain le servía de poco y menos aún el irritado dueño de aquel cuerpo, al que, aun a pesar de todo y por culpa de la presencia de la muchacha, no había conseguido dominar del todo.

Pero, en el fondo de la mente de Curtau, tan rica en experiencias, encontró los restos de la del bandido italoamericano, cuyos procedimientos ahondó, consiguiendo, después de una búsqueda penosa, hallar lo que deseaba.

La idea le parecía extraña; pero ¿cómo discutir lo que un hombre como aquél, acostumbrado a burlar la ley, podía pensar?

Momentos después restablecía la comunicación telepática con el espacio.

—Necesito cinco más.

No les gustó mucho a los otros aquellas peticiones, pero terminaron por rendirse a la evidencia.

—Está bien. Enviaremos una nave auxiliar que aterrizará en las proximidades del lugar en el que te hallas, dentro de unos minutos.

Procura que nadie te descubra y oculta la nave hasta que nos comuniques que podemos hacerla volver con nosotros.

—Lo haré. Gracias.

Estaba contento de haber recibido la ayuda de los suyos. En realidad, el formidable trabajo mental que había realizado desde que llegó a aquel planeta le había casi completamente agotado. Y la presencia de los otros le prestaría ánimos para seguir.

Levantándose del lecho, Harry, con cuidado de no despertar a Anna, que dormía en la habitación de al lado, abandonó la casita que ocupaban, saliendo al jardín que rodeaba la totalidad del «hotel».

La noche era espléndida.

Levantando la cabeza, el joven miró hacia las estrellas, con los ojos del «otro», imaginando el vuelo rapidísimo de la nave auxiliar, cuya llegada no podía tardar.

Se había alejado del «motel» y no tardó en percibir un silbido agudo, no demasiado fuerte, antes de que un objeto brillante, de pequeñas dimensiones, se posase blandamente sobre la hierba, a una docena de metros del lugar donde Harry estaba.

El joven avanzó, deteniéndose al lado de una esfera, del tamaño aproximado de un balón de fútbol, que dejaba salir de su superficie destellos luminosos.

Harry esperó que la temperatura de la esfera, que se había puesto casi al rojo al atravesar la atmósfera de la Tierra, disminuyese. En efecto, las irisaciones rojas fueron cambiando de color, a medida que los dispositivos de infrarrojos iban percibiendo menos calor. Poco después, una aureola azul brotaba de la esfera.

Harry se inclinó, pulsando un botón que había sobre uno de los lados. La esfera se abrió como un fruto maduro, en porciones como una sandía, dejando ver una serie de compartimientos, cinco en total, en cuyo interior había algo parecido a un bastón alargado e inmóvil. Pero, cuando el joven se inclinó, tomando uno de ellos con los dedos, el bastón perdió su rigidez, ondulando lentamente, como si recobrase la vida.

Uno a uno, Harry los fue metiendo cuidadosamente en los bolsillos de su chaqueta. La mente de Harry y la de Alain estallan vedadas por el control del «otro».

De no haber sido así, se hubieran dado cuenta de que lo que

habían recogido eran… ¡cinco gusanos!

* * *

Las viejecitas estaban, como de costumbre, en el jardín, haciendo calceta o charlando animadamente.

Dos religiosas, al fondo del jardín, se preparaban para ir a la iglesia. Después de mirar si las ancianas estaban bien, las dos monjas penetraron en la casa, mientras las campanas dejaban oír, desde lo alto de la torre, su desgranar de plata.

Fue en aquel momento cuando la furgoneta, se detuvo ante la puerta.

—Espera aquí y no te muevas.

—Está bien, Harry —repuso Anna.

El joven salió del vehículo, abriendo la puerta del jardín. Al fondo, las ancianas estaban distraídas con sus charlas. Muchas de ellas, miopes, hubiesen sido incapaces de ver al hombre que se dirigía ahora hacia la iglesia. Una vez junto a la puerta basculante del templo, Harry dejó caer en el suelo uno de los gusanos.

Sin perder un segundo más, fue hacia las ancianas, deteniéndose, ante ellas, con una sonrisa.

—Buenas tardes, abuelitas. Pertenezco a la comisión de agasajo de la vejez y vengo a por cuatro de ustedes, que han de acompañarme para recibir los regalos que se les entregarán, en la Alcaldía, para todas las demás. Dense prisa, por favor, el alcalde está esperando.

Rieron ellas, dudando y charlando; pero, por último, cuatro se decidieron, siguiendo al joven.

—¿Ha hablado ya con las hermanas? —inquirió una de ellas, deteniéndose.

—Sí —repuso Harry, sin vacilar—. Tengo su permiso, pero ellas no podían interrumpir sus rezos.

—Bien.

Harry apremió:

—Démonos prisa, por favor.

Momentos después, cómodamente sentadas en el interior de la furgoneta, las ancianas empezaban el viaje. Pronto anocheció y casi todas ellas se quedaron dormidas, por el traqueteo del vehículo. La

única que quedaba despierta no terminó sus oraciones y dejó caer la cabeza dulcemente sobre el pecho.

Harry se detuvo unas millas más allá, dejando los otros cuatro gusanos en el borde de la ventana que comunicaba la cabina con la parte trasera del vehículo.

Las bestias descendieron por la pared, yendo en busca de su objetivo.

Mientras, en el Asilo, la Superiora, una vez terminados los rezos, salió, acompañada de las otras, para recoger a las ancianas y servirles la cena.

Naturalmente, le ocultaron lo ocurrido, pero ella no pareció extrañarse lo más mínimo.

Y sonriendo dijo:

—Sí, ese joven me pidió permiso. Tardarán unos días en volver porque van a hacer un largo viaje y recibirán un homenaje fantástico. ¡Traerán muchos regalos para todas!

Las ancianas sonrieron felices, yendo hacia el comedor, con una luz de ilusión en los ojos.

* * *

Vibró el espacio y la llamada llegó hasta la Tierra. En el interior de la furgoneta, las ancianas dormían, aunque habían recorrido ya muchas millas y se hallaban en una carretera de Kentucky.

También dormía Anna, junto a las viejecitas, por las que había tomado gran afección.

Harry estaba en la cabina, dormido también.

Pero «él», eternamente alerta, sintió las vibraciones que le llegaban desde el espacio.

—¿Qué hay?

—¿Cómo van las cosas?

—Mucho mejor. Nos estamos acercando al objetivo.

—Bien. El Consejo ha pedido una explicación más amplia que la que poseemos hasta ahora. Quieren conocer los motivos de los fallos.

—Ya he dicho varias veces que todo se ha debido a la complejidad de los seres que habitan este planeta.

—Sí; pero ¿por qué los fallos?

—No se produjeron, en realidad, hasta que Lorgano logró desprenderse del control de Alain y, obrando por su cuenta, pensó obtener dinero por los documentos, en vez de asesinar al profesor como era la orden que yo le había dado. Después hube de hacer entrar a Stone en la danza, llamándolo a Nueva York para que al desencadenar la lucha con el otro hiciese imposible que el profesor escapase de la muerte.

—Bien. Todos nosotros estamos agradecidos al trabajo que has hecho hasta ahora. Tu compañero, el desaparecido, también hizo un buen trabajo, pero murió estúpidamente.

—Sí.

—Ahora queremos saber si la muerte de ese Presidente acarreará la desmoralización del mundo y nos permitirá empezar a pensar en posarnos sobre él.

El de la Tierra se sintió molesto.

—Todo lo que sé —se apresuró a decir— lo he sacado de las mentes de Alain y Lorgano. Ambos, están convencidos de que el Presidente es muy importante y de que su muerte desencadenará un conflicto general que acabará con la mayor parte de los habitantes de este planeta.

—Bien. Vemos que es bastante satisfactorio el resultado que puedes obtener. ¿Y tus colaboradores?

—Están trabajando ya.

—¿Acabarás pronto tu labor?

—Creo que pasado mañana, contando en tiempo terrícola, llegaremos al domicilio del Presidente. Una vez allí, con la estratagema que he ideado, su muerte será cuestión de poco tiempo.

—Perfecto. Comunícanos enseguida los resultados y ponte a salvo. ¿Ya sabes lo que le ocurrió al otro?

—No, no lo sé.

—Nosotros sí. Recibimos mensajes suyos hasta el último instante. Murió aplastado, en la casa del guarda-agujas. La mujer de éste lo pisó.

—Tendré cuidado.

La comunicación se cortó en aquél instante.

Desde lo hondo de su mente, el espíritu de Harry se despertó en aquel momento, justo cuando lo hacía el de Alain y cuando el «otro», cansado, se retiraba del cerebro para descansar.

Hubo una pequeña lucha entre las dos mentes. Alain, creyendo que el «otro» actuaba, intentó apoderarse del control del cuerpo y Harry se debatió fuertemente.

Pero cuando Alain, que ya conocía la situación, notó que estaban solos, cesó de forcejear.

«—Puedes tomar el control de tu cuerpo, Harry».

«—¿Por qué me dejas hacerlo?

»—El otro se ha ido».

Hubo una pausa; después Harry, curioso:

«—¿Quién es el otro?».

«—No lo sé… —repuso Alain—. Pero él es quien manda y quien nos domina».

«—Quisiera saber algo de lo que te ha pasado. ¿Cómo has llegado a mí, cómo has podido penetrar en mi mente?».

«—No puedo contestarte a todo, amigo. Lo que recuerdo es que, en París, me sentí, de repente, completamente distinto. Es seguro que "él" estaba ya en mí. Después, durante un viaje a Marsella, él tren descarriló y me encontré en el cuerpo de una muchacha inglesa… Más tarde, en la casa del profesor Hurman, hice que la muchacha lo envenenase, pero me apoderé de los documentos al mismo tiempo…».

«—Entonces ¿fuiste tú el asesino?».

«—No. ¿Qué podía hacer yo contra las órdenes del "otro"? Sus instrucciones se infiltraban entre mis propios pensamientos y me era imposible detenerlas. Obraba como "si desease hacer" aquello que me ordenaba. Ya puedes imaginarte lo que llevo sufriendo. Desde el momento en que vi mi propio cadáver en el suelo, junto al tren destrozado. Ahora sé que mi única posibilidad de seguir viviendo es estar aquí, en tu cuerpo. Por eso quiero que seamos amigos…».

«—¿Es que temes algo?».

«—Sí. Él me eliminará cuando no me necesite. Es una cosa de la que me he dado cuenta sin saber cómo. Pero es cierto».

«—¿Fuiste tú quien ordenó a mi brazo que pegase a mi novia?

Hubo un silencio; luego dijo:

—No, fue, como siempre, él. Yo no hago más que obedecerle. Y ya te he dicho que no puedo hacer nada por evitarlo. Pero si tú quisieras…».

«—¿El qué?».

Tardó. Alain en contestar.

«—¿No crees que, juntos los dos, podríamos dominarle?».

Harry dijo:

«—Eso depende más de ti que de mí. Tú eres el que me controla y me impide moverme. Estoy como un extraño en mi propio cuerpo. ¿Qué quieres que haga, si tú me lo impides?».

«—¡Tenemos que hacer algo, Harry! Yo no puedo seguir así. Hay que expulsar a ese monstruo de nuestro lado, hacer que se vaya… Luego, juntos, con una doble mente, podríamos seguir viviendo y hasta ganar muchísimo dinero…».

Harry sabía que tal cosa sería imposible, porque él no lo consentiría jamás. Pero el otro, leyendo sus ideas, dijo:

«—No temas, Harry. Cuando estuviese al lado de ella, mi mente se hundiría en lo más profundo de tu cerebro, alejándose de ti para no molestarte. Como él lo hace ahora».

«—Bien. Haremos algo. Ahora, por favor, déjame el control de mi cuerpo y de mi mente».

«—Tómalo».

Al despertarse, Harry comprobó que, en efecto, era nuevamente el dueño absoluto de sí mismo. Saltando ágilmente en la cabina, fue hacia la parte posterior y entreabriendo la puerta de la furgoneta llamó en voz baja:

—¡Anna!

Tuvo que repetir la llamada, ya que los ronquidos de las ancianas cubrieron su voz la primera vez.

Momentos después, la joven salía del interior del vehículo, mirando, con desconfianza al hombre que, a pesar de todo, seguía amando con toda la fuerza de su corazón.

CAPÍTULO IX


ue quieres, Harry?

El tono de la voz de la muchacha acongojó al joven; pero, comprendiendo perfectamente que ella tenía motivos suficientes para haber adoptado aquella actitud, dijo:

—Perdona, querida. No sé si tengo mucho tiempo; pero, por lo que más quieras escúchame.

Y empezó a hablar después de haber llevado a la joven a la cuneta, donde se sentaron los dos. Habló, sin cesar, contándole todo lo que sabía y, naturalmente, que Alain le había comunicado.

Coa los ojos desmesuradamente abiertos, ella le escuchaba, bebiendo sus palabras y estremeciéndose a medida que los detalles eran más precisos y encuadraban con la realidad.

Cuando él termino, preguntó:

—¿Crees, querido, que yo he estado bajo la influencia de eso…?

—Indudablemente, pero no sé cómo, ya que tu mente sigue limpia, por fortuna. En realidad, ellos no han tenido necesidad de

convertirte en una «poseída», ya que tu amor por mí te ha ligado a esta aventura.

Y después de besarla tiernamente, como hacía una eternidad que no lo hacía, dijo:

—Tienes que huir, cariño. Avisa a las autoridades, diles todo lo que ocurre y ponlos en guardia. Alain dice que vamos a Washington, aunque ignoro con qué motivo. Ahora la policía no nos detiene, ya que esa diabólica criatura ha disfrazado la furgoneta, haciendo creer a las gentes que se trata de un grupo de ancianas que van a visitar al Presidente para rendirle homenaje.

—¿Y por qué ir a ver al Presidente?

—No sé si será verdad o habrá algo oculto bajo todo esto. De lo que no puedes dudar es de que estamos siendo víctimas de una preparación para invadir la Tierra.

—¡Pero eso es una locura, cariño!

—Lo parece, Anna, pero no lo es. ¡Corre, amor mío! Comunica todo lo que sabes y di a las autoridades que ninguno de los que vamos aquí somos culpables, sino instrumentos obedientes a las órdenes de esos monstruos invisibles que residen en nuestro cerebro. Yo…

La «voz» de Alain se interpuso.

—¡Aprisa, Harry! ¡Creo que él vuelve!

El joven besó nuevamente a la muchacha y volvió después al asiento delantero del vehículo, donde simuló dormir, mientras Alain se apoderaba otra vez del control general.

Mientras, Anna corría por la carretera, alejándose cada vez más del vehículo fatídico.

Durante cerca de media hora no dejó de correr, hasta que un vehículo, que venía en la dirección que ella seguía, se detuvo, invitándola su conductor a que subiese.

—¿Le ocurre algo, señorita? ¿De quién huye?

—¡Lléveme a la primera ciudad que encontremos, señor, se lo ruego! He de comunicar algo importante a las autoridades.

—Bien.

Una hora más tarde, se detenían ante el Cuartel General de la Policía de la ciudad, donde ella penetró, en tromba, sin pararse hasta encontrarse ante el jefe, al que contó, precipitadamente, cuanto sabía.

El policía asintió.

—Vamos a tomar las medidas pertinentes para impedir esa invasión espacial, señorita. ¿Quiere esperar un momento aquí?

—Sí, muchas gracias por todo. Pero ¡apresúrense, por favor!

—Ahora mismo.

Salió el jefe, tardando unos quince minutos en volver.

Pero, cuando la puerta del despacho se abrió, Anna lanzó un grito de horror.

Porque, al lado del jefe de policía, dos hombres, con batas blancas y sonrientes, penetraron en el despacho. Y uno de ellos llevaba en la mano una camisa de fuerza.

* * *

Fue mucho más tarde, cuando Harry, mandado por Alain, pero intervenido por el «otro», detuvo el coche y pasó a la parte posterior, para ordenar a Anna que, como de costumbre, se encargase de adquirir la comida para todos, que «él» se dio cuenta de que la joven había desaparecido.

No hizo manifestación alguna de cólera, pero ahondó la mente fácil de Curtau, encontrando enseguida el momento de debilidad que éste había tenido hacia Harry.

¡Los hubiese destruido a los dos!

Pero no podía hacerlo con Harry, ya que no hubiera encontrado alguien en quien alojarse por el momento. Y, además, su misión urgía y era lo primero que había de llevarse a cabo.

De todos modos, no estaba dispuesto a perdonar a Alain.

En realidad, la mente inestable de aquel humano había terminado por dejar de interesarle y pensó, más de una vez, deshacerse de ella. De no haber sido por la acomodación perfecta que Alain ofrecía, haría tiempo que ya no estaría a su lado.

De cualquier forma, era necesario hacer una «transfusión» de ideas de Alain a Harry, de modo que este último adquiriese los recuerdos fundamentales da las tres personas que la mente de Curtau había ocupado.

Esperó la noche.

Durante aquel día, el vehículo salvó la distancia que le separaba del final de Virginia, llegando muy cerca de los límites de este

Estado con el Federal.

Después de haber cenado, el coche se detuvo, como de costumbre, en la carretera, lejos de pueblos y ciudades en los que la curiosidad de la gente podía jugar un papel desastroso.

En cuando Harry se durmió, el «otro» fue pasando los recuerdos de la mente paralizada de Alain al interior del subconsciente de Harry. Al terminar, tiró del complejo eléctrico-mental de Curtau, saliendo, con él por el conducto que le llevó sobre la superficie del cuello de Harry.

Deslizándose cuidadosamente, fue bajando por el cuerpo del joven y después por la ventanilla de la furgoneta, hasta que, sirviéndose de los guardabarros, descendió por las anchas ruedas al suelo.

Una vez allí, se movió, reptando, hasta detenerse junto a una mata de tomillo, contra la que frotó su parte luminosa, dejando como una chispita en el tallo.

Alain Curtau había dejado de ser.

Regresando al cuerpo de Harry, lo dispuso todo para que cuando el joven se despertase se encontrara preso en las potentes redes mentales que estaba él tendiendo.

Y así fue.

Al abrir los ojos, Harry se percató de que ni una sola parcela de su mente le pertenecía. Y al notar que estaba en contacto directo con el «otro», se estremeció. Porque se daba cuenta de que estaba como atado, encadenado, a invisibles cables de los que jamás podría desasirse.

Lo que era verdaderamente curioso es que pudiese aún pensar, estar un poco al margen de aquel monstruo que, sin embargo, le impediría hacer algo que fuese en contra de sus misteriosos proyectos.

A la mañana siguiente, después de atravesar la frontera del Estado, penetraron en el Federal, llegando a Washington hacia mediodía. Harry condujo el vehículo hacia el departamento donde se recibían las peticiones de audiencias. Pero, en aquella ocasión, las cuatro ancianitas le acompañaron.

—Deseábamos ser recibidos por el Presidente —dijo él—. Estas ancianas quieren hacerle homenaje, agradeciéndole cuanto hace por ellas.

Un empleado frunció el ceño.

—No va a ser muy fácil. Tenemos muchas visitas anotadas y temo que tengan que esperar varias semanas.

Una de las viejecitas se adelantó:

—¡Por favor, hijo mío! Seguro que tienes una abuelita o la has tenido. Hemos hecho un viaje larguísimo y todos nosotras tenemos los huesos molidos. ¿No podrías adelantar un poco la fecha?

Vencido por el encanto de aquella ancianita, que precisamente le recordaba a su abuela, muerta el año anterior, el empleado, corriendo, consultó los libros, haciendo un cambio que, después de todo, no tenía importancia, ya que se trataba de una comisión de tocineros de Chicago que estarían encantados de prolongar su estancia y sus diversiones en la capital federal.

—Mañana a las once, abuelita.

—¡Dios te bendiga, hijo mío!

Se retiraron y se alejaron en un hotel de las afueras.

Desde lo hondo de la mente de Harry, él se dijo que todo había salido a pedir de boca, pero que faltaban ciertos detalles. Y cuando, llegó la noche, impregnando el cerebro de Elmerson de la personalidad de Lorgano, abandonó el coche y penetró en la ciudad, donde no tardó, en la parte baja, en encontrar un ropavejero, dueño de una casa de compra-venta.

Penetró en la mal iluminada sala.

—Buenas noches, amigo.

El viejo sonrió.

—Buenas noches. Iba a cerrar en este momento. Pero nunca se desprecia la llegada de un probable cliente. ¿Qué desea?

—Seis revólveres.

El otro frunció el entrecejo.

—No tengo.

Harry sonrió.

—No sea así, amigo mío. Acaban de darnos, a mis amigos y a mí, la licencia de armas cortas y desearíamos comprar algo bueno.

El usurero sonrió; luego dijo:

—Eso lo cambia todo. Aunque lo que tengo está muy alto de precio.

—No importa. Pagaré lo que pida.

—Un momento…

Desapareció el viejo en la trastienda, regresando minutos más tarde, cargado con una caja que trasladaba penosamente. La posó sobre el mostrador y abriéndola, dejó ver una colección de armas modernas, limpias y brillantes como si acabasen de salir de la fábrica.

—Escoja, lo que le guste más.

Harry, que pensaba guardarse dos para él, seleccionó las mejores.

Después preguntó:

—¿Y las municiones?

—Enseguida.

Volvió, con cajas de los calibres que el joven había elegido.

—Aquí tiene.

—¿Y no tendría por ahí un silenciador?

—Tengo muchos.

—Traiga uno para cada arma.

Una vez más se fue el viejo. Pero, cuando volvió con lo que Harry había pedido, su entrecejo estaba fruncido.

—No comprendo para qué necesitan los silenciadores —dijo.

—Es muy fácil. Mis amigos y yo, que vivimos en Nevada, necesitamos estas armas para matar alimañas de nuestras fincas. Y no queremos que el tiroteo alarme a las mujeres y a los niños.

—Comprendo.

—¿Cuánto le debo?

El viejo echó una ojeada a lo que había sobre la mesa, frotándose las manos sin cesar; luego, con voz cálida, como si contase ya los billetes, dijo:

—Tres mil ochocientos dólares. Es una ganga.

—Sí.

Pero Harry había cargado una de las pistolas, que ya tenía el silenciador. Y con ella disparó contra el viejo, a quemarropa, destrozándole la cabeza.

Cogiendo después una pequeña maleta, metió las armas en ella, y abandonó la tienda en dirección hacia el hotel.

Una vez allí, repartió las armas entre las ancianas, que obraban mecánicamente y que las guardaron en el interior de sus complejos vestidos,

* * *

El doctor Lasar suspiró, aburrido, repasando las respuestas que se recibían cada día, en Washington, de todas las clínicas de los Estados Unidos.

—¿Nada? —inquirió el simpático doctor Tummer, que estaba a su lado.

—Nada.

—Es una lástima que la policía haya perdido la pista de ese Harry Elmerson. En realidad, con él se acabarían nuestros problemas.

—No tengo ya mucha esperanza, amigo mío. Las notas siguen todas trayéndonos lo mismo: nada.

—¿Está usted cansado?

—Un poco. De verdad. Hace dos días hablé, por teléfono, con el doctor Verton. Y creo que, si todo sigue igual, será mejor que regrese a Francia.

—¿Tan mal nos hemos portado con usted? —rió el otro.

—Ya sabe usted que no se trata de eso. Pero la verdad es que yo esperaba una solución rápida, algo que nos quitase de la cabeza la angustia que nos ha traído este problema.

Tummer se encogió de hombros.

—Ustedes, los europeos, se ponen enseguida nerviosos. Voy a por un par de cervezas y después iremos a almorzar. ¡Y no ponga esa cara de entierro, por lo que más quiera!

También sonrió Lasar, continuando su trabajo mientras su amigo salía de la estancia.

Y de repente…

¡No, no podía ser posible!

Pero sí, allí estaba. Una nota, de un frenocomio de Kentucky, con una nota especial destinada a los servicios médicos del doctor Tummer, en Washington, donde se hablaba de una paciente, afectada de una especie de brote esquizofrénico, ése era el diagnóstico establecido en principio, pero que había hablado de Harry Elmerson, de una ocupación mental en el cerebro de este joven que ella afirmaba que era su prometido y del peligro de una invasión espacial…

La muchacha se llamaba Anna Faultner y procedía de

Alamogordo.

Cuando Tummer volvió, con dos botellas de cerveza, Lasar le obligó a dejarlas sobre la mesa, haciendo que leyese el informe.

—¡Fantástico! ¿Ve usted como debía producirse algo?

—¿Qué vamos a hacer?

—¡Ir allá inmediatamente! Tomaremos un avión y veremos si esa muchacha dice la verdad o está loca.

Aquella misma tarde, en el despacho del director del frenocomio, una Anna, pálida y ojerosa, penetró acompañada por un par de señoritas guardianes.

—Siéntese, señorita…

Ella obedeció y Lasar, sonriente, en su inglés de academia:

—Veamos, señorita. Deseamos que nos cuente todo.

Ella obedeció, detallando todo lo que Harry le había dicho, explicando lo que, según el joven, había ocurrido desde el momento en que Alain se había sentido invadido por algo extraño, que había cambiado su carácter.

Lasar sonrió.

—No tema, señorita. Y, por favor, perdone a los que la encerraron aquí. Ya comprenderá que sus manifestaciones no parecían lógicas a los que las escucharon.

—Lo comprendo.

—Muy bien. ¿Y dice usted que Harry va con cuatro ancianas de ese Asilo?

—Sí. Se dirigen a Washington. Lo han disimulado todo bajo una visita al Presidente, una especie de falso homenaje.

Intervino Tummer.

—Según eso, deben estar ya en Washington. Tendremos que volver enseguida.

—¡Por favor! —suplicó ella.

—¿Qué, señorita?

—¡Por favor! No olviden que Harry y las ancianitas no son culpables de nada. ¡Respeten sus vidas!

Lasar sonrió.

—No tema, señorita. Además, usted va a venir con nosotros.

—¡Sí! ¡Muchas gracias!

El avión les dejó en Washington cuando empezaba a atardecer. No fue muy difícil, gracias a la policía y al departamento de Estado,

saber que, efectivamente, un grupo de ancianas visitarían al Presidente al día siguiente. Pero, por más que hicieron, no pudieron encontrar a las ancianas, ya que habían dejado, cerca de las doce de la noche, el hotel donde se hospedaban.

—Es posible —dijo Tummer— que lo de la visita al Presidente no sea más que una añagaza.

—¿Y las habremos perdido de nuevo?

—No lo sé.

—De todos modos, creo que deberíamos movilizar unos cuantos internos fuertes, del servicio de Otorrino, a los que daremos unas instrucciones especiales.

—¿Para qué? —intervino Anna, asustada por todo lo que oía.

—Para estar dispuestos a intervenir en el momento preciso.

Poco después, reunidos en una sala del Hospital Federal, Tummer, rodeado por una docena de muchachos, todos ellos del Servicio de Otorrinolaringología, daba instrucciones:

—No olviden, como acabamos de pintar en el encerado, que el conducto acaba en el cerebro. Cualquier pequeño error podría causar la muerte o una lesión incurable. Hay que obrar con cuidado, utilizando las largas pinzas de las que estarán ustedes provistos y cuyos brazos, en la parte final, serán protegidos por fundas de goma, de forma a evitar traumatismos desagradables.

Se hicieron unas demostraciones, utilizando primero a unas enfermeras y después a muñecos de trapo en los que se había «montado» un conducto semejante al de las fotos obtenidas en los cadáveres de Francia y los Estados Unidos.

Al amanecer, los internos estaban perfectamente instruidos y sus manos obraban con rapidez y precisión, haciendo prever que los accidentes desagradables no se producirían.

CAPÍTULO X



reparado estaba el inspector del FBI al que había sido confiada la operación policíaca, disponiendo de una veintena de agentes especiales que, junto al Presidente, jugarían el papel de ayudantes o personas de su séquito.

Lo verdaderamente difícil fue convencer a los miembros del Congreso que, aquella noche hasta el amanecer, se habían reunido en el Capitolio, desoyendo escandalosamente lo que Tummer les contó, con todo lujo de detalles, sin ver la posibilidad de convencerles.

Pero, después de una lucha dura, el médico consiguió convencerles de que aquélla era la única manera de salir de dudas y terminar, de una vez para siempre, con el peligro misterioso que se cernía sobre la humanidad.

—El Presidente —dijo—, que ha sido consultado, está dispuesto a hacer cualquier cosa por borrar la amenaza que se cierne sobre nosotros. Hemos cometido demasiados errores y no estamos ni

remotamente preparados para luchar contra una invasión que venga de fuera.

»Por pura casualidad, por el espíritu de observación de dos médicos franceses, los doctores Verton y Lasar, hemos podido llegar al conocimiento de que algo se estaba haciendo, sin que supiésemos nada, con el único objetivo de aniquilarnos y dar paso, en la Tierra, a gente venida desde Dios sabe dónde.

»Se nos presenta ahora una ocasión única de detener un peligro imposible de describir y no es momento de dudas y vacilaciones. Ya sé que la persona del Presidente nos preocupa a todos y que estamos dispuestos si hacer lo que sea por evitar que nada pueda ocurrirle. Pero, en realidad, mis queridos amigos, las preocupaciones tomadas harán inútiles las estratagemas de los que pudieran llevar intenciones malas hacia el Presidente. Y aún no sabemos qué es lo que esas criaturas desean con su visita a la Casa Blanca.

—¡No espere que deseen saludar al Presidente! —gritó uno de los presentes.

Trummer dijo:

—No, ya lo sé; pero, sea lo que sea, estamos afortunadamente preparados. ¿Qué hubiera sido sin el informe recibido del frenocomio y las declaraciones de la señorita Anna?

Aquello terminó por convencerles y la votación favorable no fue más que una cuestión de minutos.

* * *

Nunca había luchado Harry con tanta violencia contra el poder instalado en su mente. Dándose cuenta de que la hora decisiva se acercaba, intentaba, por todos los medios, vencer aquella especie de losa marmórea que caía sobre él.

Había perdido ya la esperanza de que Anna lograse intervenir. Algo desagradable debía haber pasado, impidiendo que la muchacha cumpliese lo que él le había rogado.

También tuvo que luchar el «otro», contra aquella mente potente, la de un joven profesor, que ofrecía una resistencia mayor que la de las otras juntas.

Pero el «otro» conocía bien sus resortes y apretó las clavijas

hasta someter definitivamente la voluntad del joven.

Consultando los «restos mentales» de Pietro, que aún quedaban en el cerebro de Harry, donde los había trasplantado del de Alain, el «otro» hizo que las ancianas abandonasen el hotel, yendo, con el coche, a las afueras de la capital federal, escapando así a la vigilancia policíaca, pero ignorando que eran ya el objetivo número uno de las autoridades.

Cuando amaneció, Harry descendió del vehículo, comprobando que lo había dejado en un sitio oculto y que nadie lo vería hasta la hora de la visita a la Casa Blanca.

Las ancianas estaban silenciosas.

De ellas no podía el «otro» temer nada, ya que en cada uno de sus cerebros había un colaborador, no de una clase tan elevada e importante como la suya, pero sí capaces de llevar a cabo la misión que se les había encomendado.

Hacia las diez y media, Harry tomó el volante y llevó el vehículo hasta el parque de aparcamiento, cercano a la Casa Blanca. Una vez allí, charló con el empleado y mostrándole las ancianas, logró que, excepcionalmente, dejase que la furgoneta llegase lo más cerca posible de la escalinata presidencial.

A las once menos seis minutos, precediendo al simpático grupo de ancianas, Harry subió las escalinatas, siendo conducidos y acompañados por un oficial hacia el interior del edificio, a lo largo de salones y pasillos, hacia la sala de recepción.

Los agentes del FBI seguían los pasos de aquella singular caravana que, en los que desconocían todo, despertaba una sonrisa de sincera simpatía.

Finalmente, el Presidente, rodeado de su falso cortejo, apareció en uno de los salones. Y Harry y las ancianas avanzaron hacia él.

En el interior de la mente del joven, el «otro» lanzó un primer aviso a los colaboradores:

—«¡Preparados!».

Las manos derechas de las ancianas se hundieron, en busca de la faltriquera donde tenían las armas.

Tummer y Lasar estaban junto al Presidente.

Harry se acercó unos pasos y con voz clara, dijo:

—Señor Presidente de los Estados Unidos, tengo el honor de presentarle un grupo de simpáticas ancianitas que vienen a…

Pero en aquel momento una voz sonó a su espalda:

—¡Harry!

Era Anna.

El «otro», cogido por sorpresa, había dejado suelta la parte afectiva de Harry, no pudiendo impedir que se volviese cuando la joven le llamó. Pero, rehaciéndose, el «otro» ordenó telepáticamente:

—«¡Disparen!».

Ni las ancianas ni él pudieron hacerlo.

Al unísono, los internos se lanzaron, dos para cada persona, moviéndose con una precisión formidable. Al mismo tiempo, Tummer y Lasar se ponían delante del Presidente, formando una barrera que un grupo de agentes del FBI duplicó, en un abrir y cerrar de ojos, de espesor. Mientras, otros agentes rodeaban a los internos, con las armas en la mano, dispuestos a colaborar.

Pero no hizo falta.

Mientras un interno sujetaba a una anciana, inmovilizándola por completo, su compañero, con una larga pinza, buscaba al final del conducto algo que no tardó mucho en sacar, dejándolo caer al suelo.

¡Un gusano!

Uno y otro: uno por cada.

Con un gesto de asco y antes que los médicos pudieran intervenir, los policías aplastaron los animales con sus gruesas botas.

Tummer y Lasar se mesaban los cabellos.

Mientras tanto, Harry y las ancianas se habían desplomado, sin conocimiento, cayendo en una especie de estado cataléptico. Así fueron trasladados inmediatamente al Hospital, luego de haberles quitado las armas que llevaban.

* * *

—¿Dónde demonios se ha metido el doctor Lasar? —tronaba Tummer, yendo de un lado a otro.

Pero nadie pudo decirle nada claro.

Cansado de buscar a su colega, volvió a su despacho, donde se encontraba Anna.

—¿Contenta, señorita?

—Muchísimo, doctor; pero ¿volverán en sí?

—Naturalmente. Lo que ha ocurrido, amiga mía, es que, a pesar de nuestras instrucciones, los internos obraron bajo la emoción del momento y produjeron un pequeño *shock* a los «pacientes». Pero todos ellos volverán en sí, sintiéndose como nuevos.

—¿Recordarán lo que han pasado?

—Creo que puedo afirmar que no; sobre todo en el caso de las ancianas. En cuanto a su prometido, no puedo afirmarlo del todo.

—Comprendo.

—¿Dónde se habrá metido ese francés?

—¿Decía usted algo, doctor?

—¡Oh, nada! Estaba pensando en otra cosa.

Justamente, en aquel instante, una enfermera apareció en el umbral de la puerta que Tummer había dejado entreabierta.

—¿Qué hay? —inquirió éste—. ¿Ha aparecido el doctor Lasar?

—No, doctor Tummer. Lo que ocurre es que el hombre ha despertado.

—¿Harry? —inquirió Anna, poniéndose en pie.

—Cálmese, señorita, por favor. Vamos a verle.

Atravesaron el pasillo, penetrando después en la habitación que ocupaba Elmerson.

Harry, sentado en el lecho, lanzó un grito al ver a la muchacha.

—¡Anna!

Se abrazaron y Tummer, junto al lecho, sonrió.

Después, tras carraspear, intervino.

—¿Cómo se encuentra, joven?

—Bien, doctor. Perfectamente.

—¿Recuerda algo?

—Vagamente, pero no puedo precisar, al menos por el momento.

Y después de una corta pausa, quiso saber:

—¿Qué me ha pasado?

El médico sonrió.

—Nada de particular: un pequeño accidente sin importancia. Dentro de un par de días podrá abandonar el hospital. Ahora, creo que lo mejor es dejarles solos. Pero no le fatigue, señorita…

—No tema, doctor.

Tummer abandonó la estancia, preguntándose una vez más dónde podría haberse, metido su colega francés.

—¡Es capaz de haberse ido a Francia sin decirme nada! ¡Una verdadera despedida «a la francesa»!

Y lanzó una carcajada.

* * *

Desde el aeródromo, el coche corrió, a instancias del cliente, hasta detenerse poco después ante el Hospital Federal. El hombre pagó al conductor, dándole una generosa propina. Luego, una vez en el «*hall*», se detuvo ante el recepcionista:

—¿El doctor Lasar?

—No está.

—¿Y el doctor Tummer?

—Sí, ¿a quién anuncio?

—Al doctor Verton, por favor.

El ascensor le llevaba, poco después, a la planta donde estaba el despacho del americano. Éste le esperaba en la puerta.

—¡Querido doctor Verton!

—¡Hola, amigo!

Se abrazaron y, cuando Tummer hubo cerrado la puerta, dijo:

—De verdad que ha sido una verdadera sorpresa.

El francés frunció el entrecejo.

—¿Cómo? ¿No me esperaba?

—¿Yo?

—¿No le ha dicho nada Lasar?

—¿Lasar? ¡Al demonio si le entiendo…! ¡Ha desaparecido, hace seis días, como si se lo hubiese tragado la tierra!

Verton sonrió.

—Es un pillo, pero debió de decirle la verdad.

—¿Qué verdad?

—Verá. Me llamó, poco antes de salir de aquí, diciéndome lo que había pasado y la desgracia que ocurrió cuando los policías, a los que no se había prevenido de nada, aplastaron los gusanos.

—Sí, ya lo sé…

—Lasar, entonces, pensó en algo que había pasado desapercibido a todos.

—¿El qué?

—Lo del Asilo. Reflexionando sobre lo que podía haber ocurrido allí, llegó a la conclusión de que era completamente anormal que la Superiora no hubiese dado parte de la desaparición de las ancianitas.

—¡Diablo! ¡Es verdad!

—No podía haber más que una explicación. Un gusano debía de haber sido dejado allí… en el cerebro de la pobre Hermana.

—¡Fantástico! ¡Y pensar que no se me ocurrió ni por un solo momento! ¡Nunca perdonaré a Lasar que no me dijese nada!

—No haga caso, Tummer: Lasar es un buen muchacho, pero no puede olvidar que es preferible que un descubrimiento de esa clase recaiga sobre Francia.

—¡Maldito patriotero! ¡Ya le daré yo!

Y soltó una carcajada.

Sonó, precisamente, en aquel momento el teléfono interior y Tummer dio a la palanca:

—¿Diga?

Y después de una pausa, dijo:

—¡Que suba enseguida! —Bajó la palanca y sonriendo a Verton —: Ahí tenemos a su descubridor.

En efecto, momentos después, Lasar, con una sonrisa de triunfo, penetraba en el despacho, sorprendiéndose al ver a Verton.

—¿Cómo? ¿Ya ha llegado usted?

—Sí.

Tummer sonreía.

—No sabía que estaba usted doctorado en granujería, Lasar.

—Perdone; pero…

—Ya está perdonado. ¿Ha logrado lo que quería?

—Sí.

Y sacó un tubo de cristal, cuya boca estaba tapada por un pedazo de algodón. Lo tendió al americano que miró el gusano que se movía en el interior.

—¿Y éstos eran nuestros invasores? —inquirió.

—Sí, ésos eran.

—Parece imposible.

Verton intervino:

—Hemos de empezar a trabajar cuanto antes. ¡Lástima que no

tengamos más que un ejemplar! Pero haremos lo que podamos.

—Voy a dar instrucciones para que nos dejen el laboratorio grande —dijo el americano—. Yo también tengo ganas de saber algo más de estos bichos…

Abandonaron el despacho, poco después, yendo hacia las profundidades del Hospital, donde se encontraban los laboratorios, dispuestos a esclarecer aquel misterio.

Lasar llevaba su tubo en la mano.

Pero se equivocaban.

Porque, en aquel momento…

* * *

La llamada vibró, por el espacio, hasta llegar a su destino, en el fondo de la noche cósmica.

—¿Quién es?

Aquí un nombre imposible de escribir.

—¿Y el otro?

—Todos han muerto. Sus vibraciones agónicas han llegado hasta mí.

—¿Y la misión?

—Fracasada.

Hubo una pausa.

Luego:

—¿Cuál es tu estado actual?

—Prisionero. Es casi seguro que me lleven a algún sitio para estudiar nuestra estructura.

—Bien, ¿llevas el «corrector»?

—Sí, no me he separado de él.

—De acuerdo. Nosotros nos alejamos de este Sistema ahora mismo. Tú ya sabes lo que tienes que hacer.

—Lo haré.

Se cortó la comunicación.

En el interior del tubo, el gusano se torció, hasta unir sus dos extremos. En cada uno de ellos, un dispositivo eléctrico, de gran potencia, esperaba sólo la unión de los dos polos para reaccionar.

Y cuando los doctores entraron en el ascensor, el tubo de ensayo saltó en pedazos, no quedando más que una masa gelatinosa en el

suelo, algo cuyo análisis no esclarecería absolutamente nada.

EPÍLOGO

El coche de Harry se detuvo ante el «cottage», rodeado por un hermoso jardín.

Tras abandonar el vehículo, el joven penetró en el jardín, yendo después hacia la entrada de la puerta. Iba a llegar a ella cuando Anna salió, con su blusa de pintor, echándose a sus brazos.

Una vez dentro, ella corrió a prepararle algo para beber.

—Tengo noticias —dijo él.

—¿Sí?

—La astronave con la que soñaron Hurman y Tersann va a ser construida de nuevo. Dentro de seis meses podrá surcar el espacio.

Se volvió hacia él, con el entrecejo fruncido y el vaso en la mano.

—¿Vas a ir tú?

—¿Por qué no, querida?

Anna luchó por vencer la fuerza dolorosa de los recuerdos que Harry, desde de que había salido del Hospital Federal, no podía compartir con ella ya que afortunadamente había olvidado todo.

—¿Es necesario que vayas tú?

—Sí. Compréndelo, pequeña. El hombre debe salir al Espacio y anticiparse a que otros seres vengan a vemos, puede ser que con intenciones nada buenas.

Ella sonrió, con tristeza. Pero, no dijo nada.

—Si colocamos bases en los planetas exteriores, con aparatos potentes, capaces de detener la proximidad de otras naves, será como defender la Tierra desde lejos, evitando así que criaturas procedentes de otros mundos se atrevan a llegar hasta aquí, sin que nos demos cuenta. Nuestros hijos, Anna, como los hijos de todas las parejas del mundo, estarán así a cubierto de cualquier alevosa

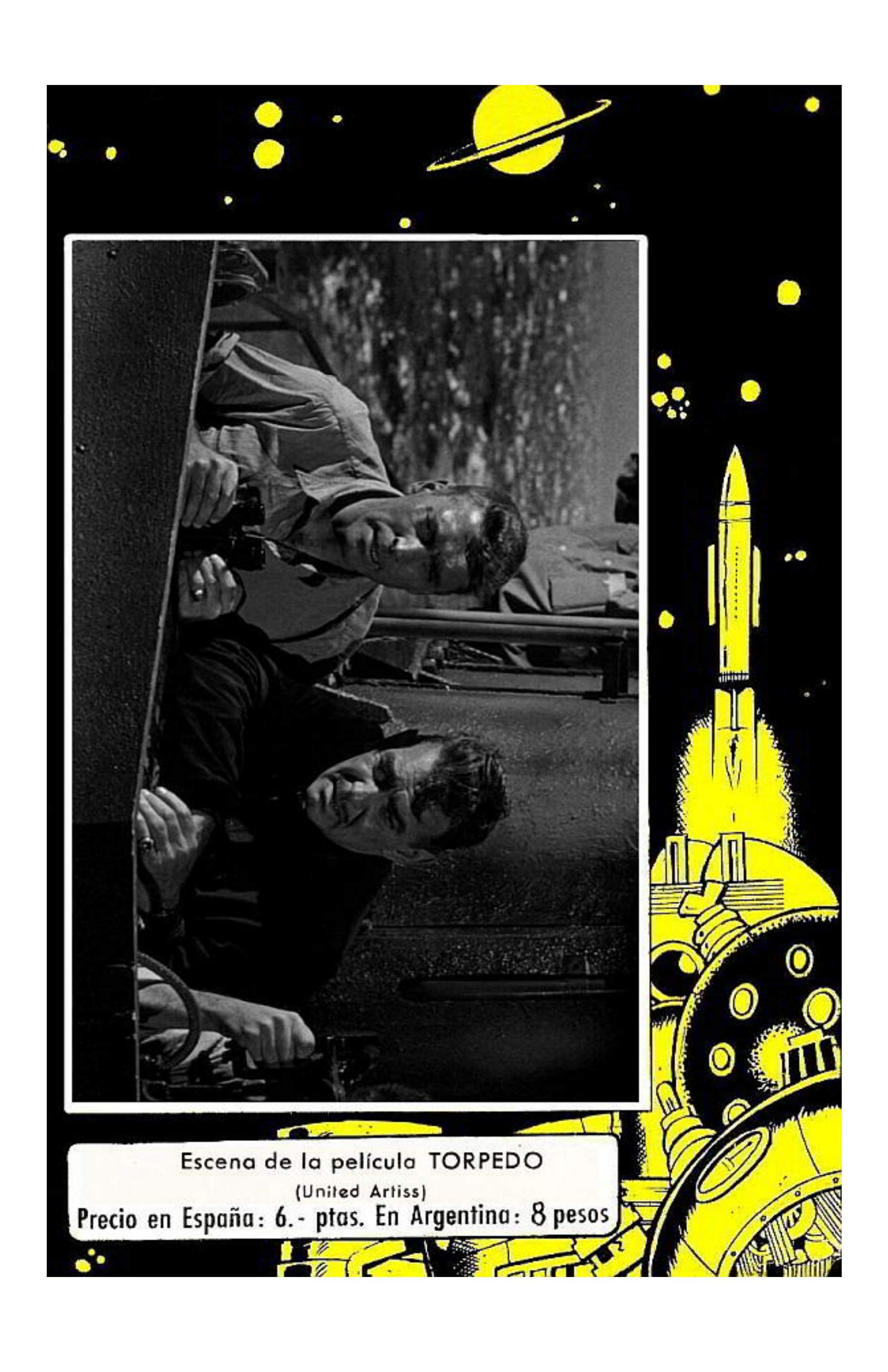
invasión.

Ella se acercó, dándole el vaso y levantando el suyo.

—Tienes toda la razón, querido. Has de ir, con otros hombres, para impedir una de esas horribles invasiones… ¡Brindemos por ese maravilloso viaje y porque la Humanidad pueda dormir tranquila!

—¡Así sea!

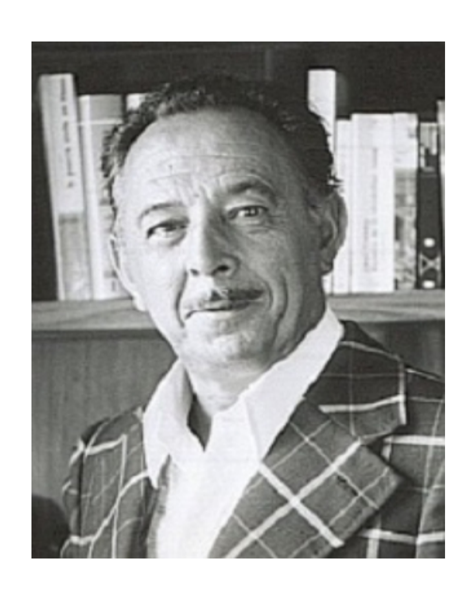




Escena de la película TORPEDO

(United Artiss)

Precio en España: 6.- ptas. En Argentina: 8 pesos



ENRIQUE SÁNCHEZ PASCUAL. Nació en Madrid en agosto de 1918. Era estudiante de medicina cuando estalló la guerra civil, lo que le obligó a abandonar los estudios. Su condición de combatiente republicano le obligó a exiliarse de España al terminar el conflicto, refugiándose en Francia. Allí conoció a su esposa, Ángeles Abulí, con la que contrajo matrimonio fruto del cual fueron cinco hijos: Christiane, Enrique, Richard, Yolande y May. Posteriormente regresó a España, lo que le costó cumplir una pena de prisión en la cárcel de Figueras; resulta curioso comprobar el paralelismo de esta etapa de su biografía con las de otros autores de literatura popular tales como Marcial Lafuente Estefanía, el recientemente fallecido Alfonso Arizmendi o Fernando Ferraz Fayos (Profesor Hasley) entre otros; por lo que se ve, el bando perdedor de la guerra civil fue una cantera de excelentes escritores en los años subsiguientes. En los duros años de la posguerra, y domiciliado en Madrid, trabajó como representante de unos laboratorios farmacéuticos escribiendo Poesías para médicos, un irónico poemario dedicado al colectivo médico. Poco después, animado por un amigo escritor, probó suerte en el campo de la literatura popular, entonces en auge, es de suponer que con éxito puesto que acabaría convirtiéndose, tal como se ha comentado en la introducción, en uno de los autores más

conspicuos del género. Aunque Sánchez Pascual comenzó su carrera literaria en Bruguera, lo que motivó el traslado de toda la familia a Barcelona, fijando su residencia primero en el pueblecito de Mirasol y posteriormente en Sant Cugat del Vallés y Masnou, también fue uno de los principales colaboradores de Toray, la rival catalana de Bruguera, donde asimismo dejó un extenso catálogo. Otras editoriales para las que escribió fueron también la desaparecida Ediciones Petronio y la mexicana Diana.

Tal como solía ocurrir en este campo, Sánchez Pascual escribió prácticamente de todo: novelas, guiones, poesías, artículos, obras de teatro, traducciones… y por supuesto, abordando prácticamente todos los géneros. Como es natural tuvo que firmar bajo seudónimo y, al ser tan prolífico, recurrió a una buena batería de ellos. El más conocido de todos es probablemente el de Alex Simmons, pero también utilizó el de Karl von Vereiter, para firmar libros de temática bélica y, ya dentro de la ciencia ficción, recurrió a toda una batería de los mismos: Law Space, H.
S. Thels,
W. Sampas, Alan Comet, Alan Starr, Lionel Sheridan, el ya citado Alex Simmons… El que hay que descartar como suyo, pese a las atribuciones que se le han hecho, es el de Marcus Sidereo, probablemente un seudónimo editorial bajo el que se cobijaron diferentes autores no identificados.

Notas

[1] Famosos personajes de las historias jocosas de Marsella. <<

[2] Café. < <

[3] Mercados. < <